

6. Del examen de los textos evangélicos emerge una *verdad esencial*: no se puede comprender lo que ha sido Cristo, y lo que es para nosotros, independientemente del Espíritu Santo. Lo que significa que no sólo es necesaria la luz del Espíritu Santo para penetrar en el misterio de Cristo, sino que se debe tener en cuenta el influjo del Espíritu Santo en la Encarnación del Verbo y en toda la vida de Cristo *para explicar el Jesús del Evangelio*. El Espíritu Santo ha dejado la *impronta de la propia personalidad divina en el rostro de Cristo*.

Por ello, toda profundización del conocimiento de Cristo requiere también una profundización del conocimiento del Espíritu Santo. "Saber quién es Cristo" y "saber quién es el

Espíritu": son *dos exigencias unidas indisolublemente*, que se influyen mutuamente.

Podemos añadir que también la relación del cristiano con Cristo es solidaria con su relación con el Espíritu. Lo hace comprender la Carta a los Efesios cuando desea a los creyentes que sean "fortalecidos" por el Espíritu del Padre en el hombre interior, para ser capaces de "conocer el amor de Cristo", que excede a todo conocimiento" (cf. Ef 3, 16-19). Esto significa que para llegar a Cristo en el conocimiento y en el amor —como ocurre en la verdadera sabiduría cristiana— tenemos necesidad de la inspiración y de la guía del Espíritu Santo, maestro interior de verdad y de vida.

MISTERIO DE LA ENCARNACION. EL ESPIRITU SANTO Y MARIA EN LA CONCEPCION VIRGINAL DE JESUS

4 DE ABRIL

1. TODO EL "evento" de Jesucristo se explica mediante la acción del Espíritu Santo, como se dijo en la catequesis anterior. Por esto, una lectura correcta y profunda del "evento" de Jesucristo —y de cada una de sus etapas— es para nosotros el camino privilegiado para alcanzar el pleno conocimiento del Espíritu Santo. La verdad sobre la tercera Persona de la Santísima Trinidad la leemos sobre todo en la vida del Mesías: de Aquel que fue "consagrado con el Espíritu" (cf. Hch 10, 38). Es una verdad especialmente clara en algunos momentos de la vida de Cristo, sobre los cuales reflexionaremos también en las catequesis sucesivas. El primero de estos momentos es la misma Encarnación, es decir, la venida al mundo del Verbo de Dios, que en la concepción asumió la naturaleza humana y nació de María por obra del Espíritu Santo: "Conceptus de Spiritu Sancto, natus ex Maria Virgine", como decimos en el Símbolo de la fe.

2. Es el misterio encerrado en el hecho del que nos habla el evangelio en las dos redacciones de Mateo y de Lucas, a las que acudimos como fuentes sustancialmente idénticas, pero a la vez complementarias. Si se atiende al orden cronológico de los acontecimientos narrados se tendría que comenzar por Lucas; pero para la finalidad de nuestra catequesis es oportuno tomar como punto de partida el texto de Mateo, en el cual se da la explicación formal de la concepción y del nacimiento de Jesús (quizá en relación con las primeras habladurías que circulaban en los ambientes judíos hostiles). El Evangelista escribe: "La generación de Jesucristo fue de esta manera: Su madre, María, estaba desposada con José y, antes de empezar a estar juntos ellos, se encontró encinta por obra del Espíritu Santo" (Mt 1, 18). El Evangelista añade que a José le informó de este hecho un mensajero divino: "El Ángel del Señor se le apareció en sueños y le dijo: 'José, hijo de David, no temas tomar contigo a María tu mujer porque lo engendrado en ella es del Espíritu Santo'" (Mt 1, 20).

La intención de Mateo es, por tanto, afirmar de modo inequívoco el origen divino de ese hecho, que él atribuye a la intervención del Espíritu Santo. Esta es la explicación que hizo texto para las comunidades cristianas de los primeros siglos, de las cuales provienen tanto los Evangelios como los símbolos de la fe, las definiciones conciliares y las tradiciones de los Padres.

A su vez, el texto de Lucas nos ofrece una precisión sobre el momento y el modo en el que la maternidad virginal de María tuvo origen por obra del Espíritu Santo (cf. Lc 1, 26-38). He aquí las palabras del mensajero, que narra Lucas: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 35).

3. Entretanto notamos que la sencillez, viveza y concisión con las que Mateo y Lucas refieren las circunstancias concretas de la Encarnación del Verbo, de la que el prólogo del IV Evangelio ofrecerá después de una profundización teológica, nos hacen descubrir qué lejos está nuestra fe del ámbito mitológico al que queda reducido el concepto de un Dios que se ha hecho hombre, en ciertas interpretaciones religiosas incluso contemporáneas. Los textos evangélicos, en su esencia, rebosan de verdad histórica por su dependencia directa o indirecta de testimonios oculares y sobre todo de María, como de fuente principal de la narración. Pero al mismo tiempo, dejan trasparentar la convicción de los Evangelistas y de las primeras comunidades cristianas sobre la presencia de un misterio, o sea de una verdad revelada en aquel acontecimiento ocurrido "por obra del Espíritu Santo". El misterio de una intervención divina en la Encarnación, como evento real, literalmente verdadero, si bien no verificable por la experiencia humana, más que en el "signo" (cf. Lc 2, 12) de la humanidad, de la "carne", como dice Juan (1, 14), un signo ofrecido a los hombres humildes y disponibles a la atracción de Dios. Los Evangelistas, la lectura apostólica y post-apostólica y la tradición cristiana nos presentan la Encarnación como evento histórico y no como mito o como narración simbólica. Un evento real, que en la "plenitud de los tiempos" (cf. Ga 4, 4) actuó lo que en algunos mitos de la antigüedad podría presentirse como un sueño o como el eco de una nostalgia, o quizá incluso de un presagio sobre una comunión perfecta entre el hombre y Dios. Digamos sin dudar: la Encarnación del Verbo y la intervención del Espíritu Santo, que los autores de los evangelios nos presentan como un hecho histórico a ellos contemporáneo, son consiguientemente misterio, verdad revelada, objeto de fe.

1. Ya hemos visto que de una correcta y profunda lectura del "acontecimiento" de la Encarnación destaca, junto con la verdad sobre Cristo Hombre-Dios, también *la verdad sobre el Espíritu Santo*. La verdad sobre Cristo y la verdad sobre el Espíritu Santo constituyen el único misterio de la Encarnación, tal como nos es revelado en el Nuevo Testamento y en especial —como hecho histórico y biográfico, cargado de recóndita verdad— en la narración de Mateo y de Lucas sobre la concepción y el nacimiento de Jesús. Lo reconocemos en la profesión de fe en Cristo, eterno Hijo de Dios, cuando decimos que se hizo hombre mediante la concepción y el nacimiento de María "por obra del Espíritu Santo".

Este misterio aflora en la narración que el evangelista Lucas dedica a la anunciación de María, como acontecimiento que tuvo lugar en el contexto de una profunda y sublime relación personal entre Dios y María. La narración arroja luz también sobre la relación personal que Dios quiere entablar con todo hombre.

2. Dios, que ha creado y mantiene en vida a todos los seres, según la naturaleza de cada uno, se hace presente "de un modo nuevo" a todo hombre que se abre y le acoge recibiendo el don de la gracia por el cual puede conocerlo y amarlo sobrenaturalmente, como Huésped del alma convertida en su templo santo (cf. santo Tomás, *Summa Theologica*, I, q.8, a.3, ad 4; q.38, a.1; q.43, a.3). Pero Dios realiza una presencia aún más alta y perfecta —y casi única— en la humanidad de Cristo, uniéndola a Sí en la persona del eterno Verbo-Hijo (*ib.*, I, q.8, a.3, ad 4; III, q.2, a.2). Se puede decir que Dios realiza una unión y una presencia especial y privilegiada en María en la

Encarnación del Verbo, en la concepción y en el nacimiento de Jesucristo, de quien sólo El es el padre. Es un misterio que se vislumbra cuando se considera la Encarnación en su plenitud.

3. Volvamos a reflexionar sobre la página de Lucas que describe y documenta *una relación personalísima de Dios con la Virgen*, a la que su mensajero comunica la llamada a ser la Madre del Mesías Hijo de Dios por obra del Espíritu Santo. Por una parte, Dios se comunica a María en la Trinidad de las Personas, que un día Cristo dará a conocer más claramente en su unidad y distinción. El ángel Gabriel, en efecto, le anuncia que por voluntad y gracia de Dios concebirá y dará a luz a Aquel que será reconocido como Hijo de Dios, y que eso tendrá lugar por obra —es decir, en virtud— del Espíritu Santo, que descendiendo sobre ella hará que se convierta en la Madre humana de este Hijo. El término "Espíritu Santo" resuena en el alma de María como el nombre propio de una Persona: esto constituye una "novedad" en relación con la tradición de Israel y los escritos del Antiguo Testamento, y es un adelanto de revelación para ella, que es admitida a una percepción, por lo menos oscura, del misterio trinitario.

4. En particular, *el Espíritu Santo*, tal como se nos da a conocer en las palabras de Lucas, reflejo del descubrimiento que de El hizo María, aparece como Aquel que, en cierto sentido, "supera la distancia" entre Dios y el hombre. *Es la Persona en la que Dios se acerca al hombre* en su humanidad para "donarse" a él en la propia divinidad, y realizar en el hombre —en todo hombre— un nuevo modo de unión y de presencia (cf. santo Tomás, *Summa Theologica*, I, q.43, a.3). María es privilegiada en

este descubrimiento por razón de la presencia divina y de la unión con Dios que se da en su maternidad. En efecto, con vistas a esa altísima vocación, se le concede la especial gracia que el ángel le reconoce en su saludo (cf. *Lc* 1, 28). Y todo es obra del Espíritu Santo principio de la gracia en todo hombre.

En María el Espíritu Santo descende y obra —hablando cronológicamente— ya antes de la Encarnación, es decir, desde el momento de su inmaculada concepción. Pero esto tiene lugar en orden a Cristo, su Hijo, en el ámbito supra-temporal del misterio de la Encarnación. La concepción inmaculada constituye para ella, de forma anticipada, la participación en los beneficios de la Encarnación y de la Redención, como culmen y plenitud del "don de sí" que Dios hace al hombre. Y ésto se realiza por obra del Espíritu Santo: En efecto, el ángel dice a María: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios" (*Lc* 1, 35).

5. En la página de Lucas, entre otras estupendas verdades, se encuentra el hecho de que Dios espera *un acto de consentimiento* de parte de la Virgen de Nazaret. En los libros del Antiguo Testamento que refieren nacimientos en circunstancias extraordinarias, se trata de padres que por su edad no podían ya engendrar la descendencia deseada. Desde el caso de Isaac, nacido en la avanzada vejez de Abraham y de Sara, se llega a los umbrales del Nuevo Testamento con Juan Bautista nacido de Zacarías e Isabel, que también se encontraban en edad avanzada.

En la anunciación a María sucede algo totalmente diverso. *María* se ha entregado completamente a Dios en

la virginidad. *Para convertirse en la Madre del Hijo de Dios, no ha de hacer más que lo que se le pide: dar su consentimiento* a lo que el Espíritu Santo obrará en ella con su poder divino.

Por eso la Encarnación, obra del Espíritu Santo, incluye un acto de libre voluntad de parte de María, ser humano. Un ser humano (María) responde consciente y libremente a la acción de Dios: acoge el poder del Espíritu Santo.

6. Al pedir a María una *respuesta* consciente y libre, Dios respeta en ella y, más aún, lleva a la máxima expresión la "dignidad de la causalidad" que El mismo da a todos los seres y especialmente al ser humano. Y, por otra parte, la hermosa respuesta de María: "He aquí la esclava del Señor; hágase en mí según tu palabra" (*Lc* 1, 38) es ya, en sí misma, *un fruto de la acción del Espíritu Santo* en ella: en su voluntad, en su corazón. Es una respuesta dada *por* la gracia y *en* la gracia, que viene del Espíritu Santo. Pero no por esto deja de ser *la auténtica expresión de su libertad* de creatura humana, un acto consciente de libre voluntad. La acción interior del Espíritu Santo va orientada a hacer que la respuesta de María —y de todo ser humano llamado por Dios— sea precisamente la que debe ser, y exprese del modo más completo posible la madurez personal de una conciencia iluminada y piadosa, que sabe donarse sin reserva. Esta es *la madurez del amor*. El Espíritu Santo, donándose a la voluntad humana como Amor (increado), hace que en el sujeto nazca y se desarrolle el amor creado que, como expresión de la voluntad humana, constituye al mismo tiempo la plenitud espiritual de la persona. María da esta respuesta de amor de modo perfecto, y se convierte, por eso, en el tipo luminoso de la

relación personal entre Dios y todo hombre.

7. El "acontecimiento" de Nazaret, descrito por Lucas en el evangelio de la anunciación, es, por consiguiente, *una imagen perfecta* —y, podemos decir, el "modelo"— de la *relación Dios-hombre*. Dios quiere que, en todo hombre, esta relación se funde en el don del Espíritu Santo, pero también en una madurez personal. En los umbrales de la Nueva Alianza, el Espíritu Santo hace a María un don de inmensa grandeza espiritual y obtiene de ella un acto de adhesión y de obediencia en el amor,

que es ejemplar para todos aquellos que son llamados a la fe y al seguimiento de Cristo, ahora que "la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros" (Jn 1, 14). Después de la misión terrena de Jesús y después de Pentecostés, en toda la Iglesia del futuro se repetirá para cada hombre la llamada, el "don de sí" de parte de Dios, la acción del Espíritu Santo, que prolongan el acontecimiento de Nazaret, y el misterio de la Encarnación. Y siempre será necesario que el hombre responda a la vocación y al don de Dios *con aquella madurez personal* que se ilumina con el "fiat" de la Virgen de Nazaret durante la anunciación.

EL ESPÍRITU SANTO Y MARIA, MODELO DE LA UNION NUPCIAL DE DIOS CON LA HUMANIDAD

2 DE MAYO

1. LA REVELACION del Espíritu Santo en la anunciación está unida al misterio de la Encarnación del Hijo de Dios y de la maternidad divina de María. Vemos así que, en el evangelio de san Lucas, el ángel dice a la Virgen: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti" (Lc 1, 35). Es también la acción del Espíritu Santo lo que suscita en Ella la respuesta, en la que se manifiesta un acto consciente de la libertad humana: "Hágase en mí según tu palabra" (Lc 1, 38). Por eso, en la anunciación se encuentra el perfecto "modelo" de lo que es la *relación personal Dios-hombre*.

Ya en el Antiguo Testamento esta relación presenta una característica particular. *Nace en el terreno de la Alianza* de Dios con el pueblo elegido (Israel). Y esta Alianza en los textos proféticos se expresa *con un simbolismo nupcial*: es presentada como un vínculo nupcial entre Dios y la humanidad. Es preciso recordar este hecho para comprender en su profundidad y belleza la realidad de la Encarnación del Hijo como una particular plenitud de la acción del Espíritu Santo.

2. Según el profeta Jeremías, Dios dice a su pueblo: "Con amor eterno te he amado: por eso he reservado gracia para ti. Volveré a edificar y serás reedificada, *virgen de Israel*" (Jr 31, 3-4). Desde el punto de vista histórico, hay que colocar este texto en relación con la derrota de Israel y la deportación a Asiria, que

humilla al pueblo elegido, hasta el grado de creerse abandonado por Dios. Pero Dios lo anima, hablándole como padre o esposo a una joven amada. La analogía esponsal se hace aún más clara y explícita en las palabras del segundo Isaías, dirigidas, durante el tiempo del exilio en Babilonia, a Jerusalén como a una esposa que no se mantenía fiel al Dios de la Alianza: "Porque *tu esposo es tu Hacedor, Yahveh Sebaot* es su nombre. . . Como a mujer abandonada y de contristado espíritu te llamó Yahveh; y la mujer de la juventud ¿es repudiada? —dice tu Dios. Por un breve instante te abandoné, pero con gran compasión te recogeré. En un arranque de furor te oculté mi rostro por un instante, pero con amor eterno te he *compadecido* —dice Yahveh tu Redentor" (Is 54, 5-8).

3. En los textos citados se subraya que el amor nupcial del Dios de la Alianza es "eterno". Frente al pecado de la esposa, frente a la infidelidad del pueblo elegido, Dios permite que se abatan sobre él experiencias dolorosas, pero a pesar de ello le asegura, mediante los profetas, *que su amor no cesa. El supera el mal del pecado, para dar de nuevo*. El profeta Oseas declara con un lenguaje aún más explícito: "Yo te desposaré conmigo para siempre; te desposaré conmigo en justicia y en derecho, en amor y en compasión, te desposaré conmigo en fidelidad, y tú conocerás a Yahveh" (Os 2, 21-22).

4. Estos textos extraordinarios de los profetas del Antiguo Testamento alcanzan su verdadero cumplimiento en el misterio de la Encarnación. El amor nupcial de Dios hacia Israel, pero también hacia todo hombre, se realiza en la Encarnación de una manera que supera la medida de las expectativas del hombre. Lo descubrimos en la página de la anunciación, donde la Nueva Alianza se nos presenta como *Alianza nupcial de Dios con el hombre*, de la divinidad con la humanidad. En ese cuadro de alianza nupcial, la Virgen de Nazaret, María, es por excelencia la "virgen-Israel" de la profecía de Jeremías. Sobre ella se concentra perfecta y definitivamente el amor nupcial de Dios, anunciado por los profetas. Ella es también la virgen-esposa a la que se concede concebir y dar a luz al Hijo de Dios: *fruto particular del amor nupcial de Dios hacia la humanidad*, representada y casi comprendida en María.

5. El Espíritu Santo, que desciende sobre María en la anunciación, es quien en la relación trinitaria, expresa en su persona el amor nupcial de Dios, el amor "eterno". En aquel momento El es, de modo particular, el *Dios-Esposo*. En el misterio de la Encarnación, en la concepción humana del Hijo de Dios, el Espíritu Santo conserva la transcendencia divina. El texto de Lucas lo expresa de una manera precisa. La naturaleza nupcial del amor de Dios tiene un carácter completamente espiritual y sobrenatural. Lo que dirá Juan a propósito de los creyentes en Cristo vale mucho más para el Hijo de Dios, que no fue concebido en el seno de la Virgen "ni de deseo de carne, ni de deseo de hombre, sino que nació de Dios" (Jn 1, 13). Pero sobre todo expresa *la suprema unión del amor*, realizada entre Dios y un ser humano por obra del Espíritu Santo.

6. En este esponsalicio divino con la humanidad, María responde al anuncio del ángel con el amor de una esposa, capaz de responder y adaptarse de modo perfecto a la elección divina. Por todo ello, desde el tiempo de san Francisco de Asís, la Iglesia llama a la Virgen "*esposa del Espíritu Santo*". Sólo este perfecto amor nupcial, profundamente enraizado en su completa donación virginal a Dios, podría

hacer que María llegase a ser "Madre de Dios" de modo consciente y digno, en el misterio de la Encarnación.

En la Encíclica *Redemptoris Mater* escribí: "El Espíritu Santo ya ha descendido a Ella, que se ha convertido en su esposa fiel en la anunciación, acogiendo al Verbo de Dios verdadero, prestando 'el homenaje del entendimiento y de la voluntad, y asintiendo voluntariamente a la revelación hecha por El' más aún, abandonándose plenamente en Dios por medio de la 'obediencia de la fe', por la que respondió al ángel: 'He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra' " (n. 26; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 29 de marzo de 1987, pág. 12).

7. María, con este acto y gesto, totalmente diverso del de Eva, se convierte, en la historia espiritual de la humanidad, en la *nueva Esposa*, la *nueva Eva*, la Madre de los vivientes, como dirán con frecuencia los Doctores y Padres de la Iglesia. Ella será el tipo y el modelo, en la Nueva Alianza, de la unión nupcial de Espíritu Santo con los individuos y con toda la comunidad humana, mucho más allá del ámbito del antiguo Israel: todos los individuos y todos los pueblos estarán llamados a recibir el don y a beneficiarse de él en la nueva comunidad de los creyentes que han recibido "poder de hacerse hijos de Dios" (Jn 1, 12) y en el bautismo han renadado "del Espíritu" (Jn 3, 3) entrando a formar parte de la familia de Dios.

EL ESPIRITU SANTO, AUTOR DE LA UNION HIPOSTATICA

23 DE MAYO

1. EN EL Símbolo de la Fe afirmamos que el Hijo, consubstancial al Padre, se ha hecho hombre por obra del Espíritu Santo. En la Encíclica *Dominum et vivificantem* escribí que "la concepción y el nacimiento de Jesucristo son la obra más grande realizada por el Espíritu Santo en la historia de la creación y de la salvación: la suprema gracia, 'la gracia de la unión', fuente de todas las demás gracias, como explica santo Tomás (cf. *Summa Theol.* III, q.7, a.13)... A 'la plenitud de los tiempos' corresponde, en efecto, una especial plenitud de la comunicación de Dios uno y trino en el Espíritu Santo. Por obra del Espíri-

tu Santo se realiza el misterio de la 'unión hipostática', esto es, la unión de la naturaleza divina con la naturaleza humana, de la divinidad con la humanidad en la única Persona del Verbo-Hijo" (n. 50; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 8 de junio de 1986, pág. 12).

2. Se trata del misterio de la Encarnación, a cuya revelación está ligada —al inicio de la Nueva Alianza— la del Espíritu Santo. Lo hemos visto en anteriores catequesis, que nos han permitido ilustrar esta verdad en sus diversos aspectos, comenzando por la concepción virginal de Jesucristo, como leemos en la página de Lucas sobre la anunciación (cf. *Lc* 1, 26-38).

Es difícil explicar el origen de este texto sin pensar en una narración de María, única que podía dar a conocer lo que había acontecido en Ella en el momento de la concepción de Jesús. Las analogías que se han propuesto entre esta página y las demás narraciones de la antigüedad, y especialmente de los escritos veterotestamentarios, no se refieren nunca al punto más importante y decisivo, a saber, el de la concepción virginal por obra del Espíritu Santo. Esto constituye, en verdad, una novedad absoluta.

Es verdad que en la página paralela de Mateo leemos: "Todo esto sucedió para que se cumpliera el oráculo del Señor por medio del profeta: ved que la virgen concebirá y dará a luz un hijo, y le pondrán por nombre Emmanuel" (*Mt* 1, 22-23). Pero, el cumplimiento supera las expectativas. Es decir, el evento comprende elementos nuevos, que no habían sido manifestados en la profecía. Así, en el caso que nos interesa, el oráculo de Isaías sobre la virgen que concebirá (cf. *Is* 7, 14) permanecía incompleto y, por tanto, susceptible de diversas interpretaciones. El evento de la Encarnación lo "cumple" con una perfección que era imprevisible: una concepción realmente virginal es realizada por obra del Espíritu Santo, y el Hijo dado a luz, en consecuencia, es verdaderamente "Dios con nosotros". No se trata sólo de una alianza con Dios, sino de la *presencia real de Dios en medio de los hombres*, en virtud de la Encarnación del Hijo eterno de Dios: una novedad absoluta.

3. La concepción virginal, por lo tanto, forma parte integrante del misterio de la Encarnación. El cuerpo de Jesús, concebido de modo virginal por María, pertenece a la persona del Verbo eterno de Dios. Precisa-

mente esto es lo que realiza el Espíritu Santo al bajar sobre la Virgen de Nazaret. El hace que el hombre (el Hijo del hombre) concebido por Ella sea el verdadero Hijo de Dios, engendrado eternamente por el Padre, consustancial al Padre, de quien el eterno Padre es el único Padre. Aun naciendo como hombre de María Virgen, sigue siendo el Hijo del mismo Padre por quien es engendrado eternamente.

De esta forma la virginidad de María pone de relieve, de modo particular, el hecho de que el Hijo, concebido de Ella por obra del Espíritu Santo, es el Hijo de Dios. Sólo Dios es su Padre.

La iconografía tradicional, que representa a María con el niño Jesús entre los brazos y no representa a José junto a Ella, constituye un silencioso pero insistente testimonio de su maternidad virginal y, por eso mismo, de la divinidad del Hijo. En consecuencia, esta imagen podría muy bien llamar el icono de la divinidad de Cristo. La encontramos ya a fines del siglo II en un fresco de las catacumbas romanas y, sucesivamente, en innumerables reproducciones. En particular, es representada con toques de arte y de fe tan eficaces por los iconos bizantinos y rusos que se remontan a las fuentes más genuinas de la fe: los evangelios y la tradición primitiva de la Iglesia.

4. Lucas refiere las palabras del ángel que anuncia el nacimiento de Jesús por obra del Espíritu Santo: "El Espíritu Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra" (*Lc* 1, 35). El Espíritu del que habla el evangelista es el Espíritu "que da vida". No se trata sólo de aquel "soplo de vida" que es la característica de los seres vivos, sino también de la *Vida propia de Dios mismo*, la vida divina. El Espí-

ritu Santo que está en Dios como soplo de Amor, Don absoluto (no creado) de las divinas Personas, en la Encarnación del Verbo obra como soplo de este Amor para el hombre: para el mismo Jesús, para la naturaleza humana y para toda la humanidad. *En este soplo se expresa el amor del Padre*, que amó tanto al mundo que le dio a su Hijo unigénito (cf. Jn 3, 16). En el Hijo reside la plenitud del don de la vida divina para la humanidad.

En la Encarnación del Hijo-Verbo se manifiesta, por tanto, de modo particular el Espíritu Santo como aquel "que da vida".

5. Es lo que en la Encíclica *Dominum et vivificantem* llamó: "una especial plenitud de la comunicación de Dios uno y trino en el Espíritu Santo" (n. 50). Es el significado más profundo de la "unión hipostática", fórmula que refleja el pensamiento de los Concilios y de los Padres acerca del misterio de la Encarnación y, por tanto, acerca de los conceptos de naturaleza y de persona, elaborados y usados sobre la base de la experiencia

de la distinción entre naturaleza y sujeto, que todo hombre percibe en sí mismo. La idea de persona nunca había sido tan netamente determinada y definida como sucedió gracias a los Concilios, después de que los Apóstoles y los evangelistas dieron a conocer el acontecimiento y el misterio de la Encarnación del Verbo "por obra del Espíritu Santo".

6. En consecuencia, se puede decir que en la Encarnación el Espíritu Santo pone también las bases de una nueva antropología, que se ilumina en la grandeza de la naturaleza humana tal cual resplandece en Cristo. En Él, en efecto, alcanza el vértice más alto de la unión con Dios, "habiéndose concebido por obra del Espíritu Santo de forma tal que un mismo sujeto fuese hijo de Dios y del hombre" (santo Tomás, *Summa Theol.* III, q.2, a.12, ad 3). No era posible al hombre ascender más arriba de este vértice, así como tampoco es posible al pensamiento humano concebir una unión más profunda con la divinidad.

EL ESPIRITU SANTO, AUTOR DE LA SANTIDAD DE JESUS

6 DE JUNIO

1. "EL ESPIRITU Santo vendrá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso el que ha de nacer será santo y será llamado Hijo de Dios" (Lc 1, 35). Como sabemos, estas palabras del ángel, dirigidas a María en la Anunciación del Espíritu Santo, es decir, a una verdad central de nuestra fe, sobre la que nos hemos detenido en las catequesis anteriores. Por obra del Espíritu Santo —dijimos— se realiza la "unión hipostática": El Hijo, consubstancial al Padre, toma de la Virgen María la naturaleza humana por la cual se hace verdadero hombre sin dejar de ser

verdadero Dios. La unión de la divinidad y de la humanidad en la única Persona del Verbo-Hijo, es decir, la "unión hipostática" (hypostasis significa persona), es la obra más grande del Espíritu Santo en la historia de la salvación. A pesar de que toda la Trinidad es su causa, el Evangelio y los Santos Padres la atribuyen al Espíritu Santo, porque es la obra suprema del Amor divino, realizada en la absoluta gratuidad de la gracia, para comunicar a la humanidad la plenitud de la santificación en Cristo: efectos todos ellos atribuidos al Espíritu Santo (cf. santo Tomás, *Summa Theol.* III, q.32, a. 1).

2. Las palabras dirigidas a María en la Anunciación indican que *el Espíritu Santo es la fuente de la santidad del Hijo que nacerá de Ella*. En el momento en que el Verbo eterno se hace hombre, tiene lugar en la naturaleza asumida una singular plenitud de santidad humana que supera la de cualquier otro santo, no sólo de la Antigua Alianza sino también de la Nueva. *Esta santidad del Hijo de Dios como hombre*, como Hijo de María —santidad fontal, que tiene su origen en la unión hipostática— es obra del Espíritu Santo, que seguirá actuando en Cristo hasta coronar su propia obra maestra en el misterio pascual.

3. Esa santidad es fruto de una singular "consagración" de la que Cristo mismo dirá explícitamente, disputando con los que lo escuchaban: "A aquel a quien el Padre ha santificado y enviado al mundo ¿cómo le decís que blasfema por haber dicho: Yo soy Hijo de Dios?" (Jn 10, 36). Aquella "consagración" (es decir, "santificación") está vinculada con la venida al mundo del Hijo de Dios. *Como el Padre manda a su Hijo al mundo por obra del Espíritu Santo* (el mensajero dice a José: "Lo engendrado en ella es del Espíritu Santo": Mt 1, 20), así *El "consagra" a este Hijo en su humanidad por obra del Espíritu Santo*. El Espíritu que es el artífice de la santificación de todos los hombres, es sobre todo el artífice de la santificación del Hombre concebido y nacido de María, así como de la de su purísima Madre. Desde el primer momento de la concepción, este Hombre, que es el Hijo de Dios, recibe del Espíritu Santo una extraordinaria plenitud de santidad, en una medida correspondiente a la dignidad de su Persona divina (cf. santo Tomás, *Summa Theol.* III, q. 7, aa; 1, 9-11).

4. *Esta santificación alcanza a toda la humanidad del Hijo de Dios, a su alma y a su cuerpo*, como pone de manifiesto el evangelista Juan, el cual parece que quiere subrayar el aspecto corporal de la Encarnación: "la Palabra se hizo carne" (Jn 1, 14). Por obra del Espíritu Santo es superada, en la Encarnación del Verbo, aquella concupiscencia de la que habla el Apóstol Pablo en la carta a los Romanos (cf. Rm 7, 7-25) y que desgarraba interiormente al hombre. De ella precisamente libera la "ley del Espíritu" (Rm 8, 2), de forma que quien vive del Espíritu camina también según el Espíritu" (cf. Ga 5, 25). El fruto de la acción del Espíritu Santo es la santidad de toda la humanidad de Cristo. El cuerpo humano del Hijo de María *participa plenamente en esta santidad* con un dinamismo de crecimiento que tiene su culmen en el misterio pascual. Gracias a él, el cuerpo de Jesús, que el Apóstol define "carne semejante a la del pecado" (Rm 8, 3), alcanza la santidad perfecta del cuerpo del Resucitado (cf. Rm 1, 4). Así tendrá inicio un nuevo destino del cuerpo humano y de "todo cuerpo" en el mundo creado por Dios y llamado, incluso en su materialidad, a participar en los beneficios de la Redención (cf. santo Tomás, *Summa Theol.* III, q. 8, a. 2).

5. En este punto es preciso añadir que el cuerpo, que por obra del Espíritu

Santo pertenece desde el primer momento de la concepción a la humanidad del Hijo de Dios, deberá llegar a ser en la Eucaristía el alimento espiritual de los hombres. Jesucristo, al anunciar la institución de este admirable sacramento, subrayará que en él su carne (bajo la especie del pan) podrá convertirse en alimento de los hombres gracias a la acción del Espíritu Santo que da vida. Son muy significativas, al respecto, las palabras que pronuncia en las cercanías de Cafarnaúm: "El Espíritu es el que da la vida; la carne (sin el Espíritu) no sirve para nada" (Jn 6, 63). Si Cristo dejó a los hombres su carne como alimento espiritual, al mismo tiempo nos quiso enseñar aquella condición de "consagración" y de santidad que, por obra del Espíritu Santo, era y es una prerrogativa también de su Cuerpo en el misterio de la Encarnación y de la Eucaristía.

6. El evangelista Lucas, tal vez haciéndose eco de las confidencias de María, nos dice que, como hijo del hombre, "Jesús progresaba en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2, 52; cf. Lc 2, 40). De modo análogo, se puede también hablar del "crecimiento" en la santidad en el sentido de una cada vez más completa manifestación y actuación de aquella fundamental plenitud de santidad con que Jesús vino al mundo. El momento en que se da a conocer de modo particular la "consagración" del Hijo en el Espíritu Santo, con vistas a su misión, es el inicio de la actividad mesiánica de Jesús de Nazaret: "El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido... y me ha enviado" (Lc 4, 18).

En esta actividad se manifiesta aquella santidad que un día Simón Pedro sentirá la necesidad de confesar con las palabras: "Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador" (Lc 5, 8). Lo mismo sucede en otro momento: "Nosotros creemos y sabemos que tú eres el Santo de Dios" (Jn 6, 69).

7. Por tanto, el misterio-realidad de la Encarnación señala el ingreso en el mundo de una nueva santidad. Es la santidad de la persona divina del Verbo, del Hijo que, en la unión hipostática con la humanidad, llena y consagra toda la realidad del Hijo de María: alma y cuerpo. Por obra del Espíritu Santo, la santidad del Hijo del hombre constituye el principio y la fuente perdurable de la santidad en la historia del hombre y del mundo.

EL ESPÍRITU SANTO EN EL CRECIMIENTO ESPIRITUAL DEL JOVEN JESÚS

27 DE JUNIO

1. San Lucas concluye el "evangelio de la infancia" con dos textos que abarcan todo el arco de la niñez y de la juventud de Jesús. Entre los dos textos se halla la narración del

episodio del niño Jesús perdido y hallado durante la peregrinación de la Sagrada Familia al templo. En ninguno de estos dos pasajes se nombra explícitamente al Espíritu Santo, pero

quien ha seguido al evangelista en la narración de los acontecimientos de la infancia y lo sigue en el capítulo sucesivo, en el que se recoge la predicción de Juan Bautista y el bautismo de Jesús en el Jordán, donde el protagonista invisible es el Espíritu Santo (cf. Lc 3, 16. 22), percibe la continuidad de la concepción y de la narración de Lucas, que comprende bajo la acción del Espíritu Santo también los años juveniles de Jesús, vividos en el silencioso misterio que luego constituirá siempre la dimensión más íntima de la humanidad de Jesús.

2. En los dos textos conclusivos del "evangelio de la infancia" el evangelista, después de habernos informado que, cumplido el rito de la presentación en el templo, "volvieron a Galilea, a su ciudad de Nazaret", añade: "El niño crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría; y la gracia de Dios estaba sobre él" (Lc 2, 40). Y de nuevo, como conclusión de la narración sobre la peregrinación al templo y la vuelta a Nazaret, anota: "Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia ante Dios y ante los hombres" (Lc 2, 52). De estos textos resulta que existió realmente un desarrollo humano de Jesús, Verbo eterno de Dios que asumió la naturaleza humana al ser concebido y nacer de María. La infancia, la niñez, la adolescencia y la juventud son los momentos de su crecimiento físico como se realiza en todos los "nacidos de mujer", entre los que también él se encuentra con pleno título, como afirma san Pablo (cf. Ga 4, 4).

Según el texto de Lucas, se dio también en Jesús un crecimiento espiritual. Como médico atento a todo el hombre, Lucas tuvo cuidado de anotar la realidad integral de los hechos humanos, incluido el del

desarrollo del niño, en el caso de Jesús así como en el de Juan Bautista del que también escribe que "el niño crecía y su espíritu se fortalecía" (Lc 1, 80). De Jesús dice aún más específicamente que "crecía y se fortalecía, llenándose de sabiduría"; "crecía en sabiduría... y en gracia ante Dios y ante los hombres"; y también: "la gracia de Dios estaba sobre él" (Lc 2, 40. 52).

En el lenguaje del evangelista el "estar sobre" una persona elegida por Dios para una misión suele atribuirse al Espíritu Santo, como en el caso de María (Lc 1, 35) y de Simeón (Lc 2, 26). Eso significa trascendencia, señorío, acción íntima de Aquel que proclamamos "Dominum et vivificantem". La gracia que, siempre según Lucas, estaba "sobre Jesús", y en la que "crecía", parece indicar la misteriosa presencia y acción del Espíritu Santo, en el que, según el anuncio del Bautista referido por los cuatro evangelios, Jesús habría de bautizar (cf. Mt 3, 11; Mc 1, 8; Lc 3, 16; Jn 1, 33).

3. La tradición patristica y teológica nos da una mano para interpretar y explicar el texto de Lucas sobre el "crecimiento en gracia y en sabiduría" en relación con el Espíritu Santo. Santo Tomás, hablando de la gracia, la llama repetidamente "gratia Spiritus Sancti" (cf. Summa Theol., I-II, q. 106, a. 1), como don gratuito en el que se expresa y se concreta el favor divino hacia la creatura amada eternamente por el Padre (cf. I, q. 37, a. 2; q. 110, a. 1). Y, hablando de la causa de la gracia, dice expresamente que "la causa principal es el Espíritu Santo" (I-II, q. 112, a. 1 ad 1, 2).

Se trata de la gracia justificante y santificante, que hace volver al hombre a la amistad con Dios, en el

reino de los cielos (cf. I-II, q. 111, a. 1). "Según esta gracia se entiende la misión del Espíritu Santo y su inhabitación en el hombre" (I, q. 43, a. 3). Y en Cristo, por la unión personal de la naturaleza humana con el Verbo de Dios, por la excelsa nobleza de su alma, por su misión santificadora y salvífica hacia todo el género humano, el Espíritu Santo infundió la plenitud de la gracia. Santo Tomás lo afirma basándose en el texto mesiánico de Isaías: "Reposará sobre él el espíritu de Yahveh" (Is 11, 2): "Espíritu que está en el hombre mediante la gracia habitual (o santificante)" (III, q. 7, a. 1, *sed contra*); y basándose en el otro texto de Juan: "Hemos contemplado su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad" (Jn 1, 14) (*ib.*, aa. 9-10).

Con todo, la plenitud de gracia en Jesús era relativa a la edad: había siempre plenitud, pero una plenitud creciente con el crecer de la edad.

4. Lo mismo se puede decir de la sabiduría, que Cristo poseía desde el principio en la plenitud consentida por la edad infantil. Al avanzar en años, esa plenitud crecía en él en la medida correspondiente. Se trataba no sólo de una ciencia y sabiduría humana en relación con las cosas divinas, que en Cristo era infundida por Dios gracias a la comunicación del Verbo subsistente en su humanidad, pero también y sobre todo de la sabiduría como don del Espíritu Santo: el más alto de los dones, que "son perfeccionamiento de las facultades del alma, para disponerlas a la moción del Espíritu Santo. Ahora bien, sabemos por el evangelio que el alma de Cristo era movida perfectísimamente por el Espíritu Santo. En efecto, nos dice Lucas que 'Jesús, lleno de Espíritu Santo, volvió del Jordán y era conducido

por el Espíritu en el desierto' (Lc 4, 1). Por consiguiente, se hallaban en Cristo los dones de la manera más excelsa" (III, q. 7, a. 5). La sabiduría sobresalía entre esos dones.

5. Sería conveniente proseguir ilustrando el tema con las admirables páginas de santo Tomás, así como de otros teólogos que han investigado la sublime grandeza espiritual del alma de Jesús, en la que habitaba y obraba de modo perfecto el Espíritu Santo, ya en su infancia, y luego a lo largo de toda la época de su desarrollo. Aquí sólo podemos señalar el estupendo ideal de santidad que Jesús, con su vida, ofrece a todos, incluso a los niños y a los jóvenes, llamados a "crecer en sabiduría y en gracia ante Dios y ante los hombres", como Lucas escribe del niño de Nazaret, y como el mismo evangelista escribirá en los Hechos de los Apóstoles a propósito de la Iglesia primitiva, que "crecía en el temor del Señor y estaba llena de la consolación del Espíritu Santo" (Hch 9, 31). Es un magnífico paralelismo, más aún, una repetición, no sólo lingüística sino también conceptual, del misterio de la gracia que Lucas veía presente en Cristo y en la Iglesia como continuación de la vida y de la misión del Verbo encarnado en la historia. De este crecimiento de la Iglesia bajo el soplo del Espíritu Santo son partícipes y actores privilegiados los numerosos niños que la historia y la hagiografía nos muestran como particularmente iluminados por sus santos dones. También en nuestro tiempo la Iglesia se alegra de saludarlos y proponerlos como imágenes límpidas del joven Jesús, lleno de Espíritu Santo

Homilias

"FAVORECER LA VIDA, NO DESTRUIRLA"

BASILICA DE SAN PEDRO, 1 DE ENERO

1. "Y María conservaba todas estas cosas, meditándolas en su corazón (Lc 2, 19).

El día 1 de enero la Iglesia concluye la octava de Navidad, venerando la maternidad de la Virgen María. Las palabras del evangelio de Lucas ponen especialmente de relieve la dimensión interior de su maternidad. Esas palabras son hoy muy importantes para la Iglesia. A lo largo de la octava, la Iglesia ha meditado el misterio del nacimiento del Hijo de Dios en Belén. Hoy recuerda a Aquella que fue la primera en meditar en su corazón este misterio. Pues, como enseña el Concilio Vaticano II, "María avanzó", precediendo a todo el Pueblo de Dios, "en la peregrinación de la fe, y mantuvo fielmente su unión con el Hijo" (cf. *Lumen gentium*, 58). Y este avanzar de María comenzó en Belén.

Comienza en el corazón de la Madre, y allí continúa sin pausa. *Toda madre vive, de modo especial, del recuerdo de haber dado a luz un niño*. Este nacimiento vive en ella; ella lo conserva en su corazón. Y ¿qué pensar, entonces, de este nacimiento, único, en el que vino al mundo el Hijo de Dios?

La Iglesia recuerda hoy la dimensión interior de la maternidad, y así venera al mismo tiempo el misterio de la Encarnación y la extraordinaria dignidad de la Madre-Virgen.

2. El misterio de la Encarnación es un nuevo principio en la historia de la salvación. Y es también un nuevo principio en la historia del hombre y de la creación.

El Apóstol Pablo define este nuevo principio como "la plenitud de los tiempos". "Al llegar la plenitud de los tiempos, envió Dios a su Hijo, nacido de mujer... para que recibiéramos la filiación adoptiva" (Ga 4, 4-5).

Lo que permanece en el vivo recuerdo de María —y al mismo tiempo en el vivo recuerdo de la Iglesia— no es el acontecimiento de una sola vez, un acontecimiento "cerrado". El nacimiento de Dios está abierto al hombre de todos los tiempos. En él se revela y se plasma la adopción como hijos de Dios, que pasa a todos los seres humanos. "Y la Palabra se hizo carne y puso su morada entre nosotros... A todos los que la recibieron les dio poder de hacerse hijos de Dios" (Jn 1, 14, 12). Las palabras del prólogo de Juan, recordadas a lo largo de la octava de Navidad, dan testimonio de la continua duración del misterio iniciado la noche de Belén.

¡Si! El Hijo de Dios se ha hecho hombre solamente una vez, solamente una vez nació de María la Virgen, y sin embargo la filiación divina es una herencia continua del hombre.

3. De esta herencia habla también el Apóstol Pablo. Es la obra incesante del Espíritu Santo: el fruto de su acción en nosotros. "La prueba de que sois hijos es que Dios ha enviado a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo que clama: ¡Abbá, Padre! De modo que ya no eres esclavo, sino hijo; y si hijo, también heredero por voluntad de Dios" (Ga 4, 6-7).

La Iglesia conserva esta herencia, es su guardiana y administradora en la tierra. Por eso fija constantemente los ojos en el misterio de la Encarnación. Y desea contemplarlo con los ojos de María, participar en su recuerdo. En ninguna otra creatura el Nacimiento está inscrito tan profundamente como en Ella, pues se identifica con su maternidad. La maternidad humana de esta "Mujer" es, al mismo tiempo, la maternidad divina. Aquel que fue dado a luz por Ella es, en realidad, el Hombre-Dios.

María "creyendo y obedeciendo engendró en la tierra al mismo Hijo del Padre... dio a luz al Hijo, a quien Dios constituyó primogénito entre muchos hermanos (Rm 8, 29), esto es, a los fieles, a cuya generación y educación coopera con amor materno"; como dice el Concilio Vaticano II (*Lumen gentium*, 63).

4. Este día de la octava es, por tanto, la fiesta de la herencia divina, en la que participan todos los hombres.

La filiación divina, como don del Espíritu Santo en el hombre, penetra toda la herencia de la humanidad, de la naturaleza humana; más aún, toda la herencia de la misma creación, pues el hombre ha sido creado a imagen de Dios, y ha sido puesto en el mundo visible en medio de todas las creaturas.

Si la Iglesia celebra hoy, en la octava de Navidad, la *Jornada mundial de la Paz*, es porque existe en este hecho una profunda lógica de fe. En efecto, la paz exige una especial responsabilidad del hombre respecto a toda la creación.

El mensaje pontificio para el Año Nuevo pone de relieve en particular esta responsabilidad: "Paz con Dios Creador, Paz con toda la creación". El mensaje del Evangelio de la paz hace referencia de forma constante, y siempre de nuevo, al mandamiento "no matarás". No matarás a otro hombre, no matarás desde el momento de su concepción en el seno de la madre. ¡No matarás! No limitarás la existencia humana sobre la tierra con el método de la lucha: de la violencia, del terrorismo, de la guerra, de los medios de exterminio de masas.

No matarás, porque toda vida humana es herencia común de todos los hombres. Y además: no matarás, destruyendo de diversas maneras tu ambiente natural. Este ambiente pertenece asimismo a la común herencia de todos los hombres, no sólo a las generaciones pasadas y contemporáneas, sino también a las futuras. ¡Has de favorecer la vida, no destruirla!

El primer día del año nuevo exige una referencia especial a esta herencia. La herencia de los hijos de Dios por adopción está estrechamente ligada al imperativo de la paz.

5. Hoy no sólo es el primer día del año nuevo 1990, sino que también es el primer día del nuevo decenio. Esta es la última década de los años del siglo veinte. Y al mismo tiempo la última del segundo milenio del nacimiento de Cristo.

La Iglesia vuelve a Belén, a donde los pastores "fueron corriendo y encontraron a María y a José y al niño acostado en el pesebre" (Lc 2, 16).

A lo largo de los años sucesivos, la Iglesia no cesa de pedir a la Madre de Dios que se mantenga especialmente cercana para recordar el misterio que Ella conservaba meditándolo en su corazón (cf. Lc 2, 19).

En el umbral del último decenio de nuestro siglo y del segundo milenio, deseamos participar de modo especial en este recogimiento materno de María sobre el misterio de su Hijo nacido, crucificado y resucitado.

En El se renueva constantemente la "adopción como hijos" de Dios de todos los hombres. Toda la creación la espera como herencia terrena del hombre, llamada a la gloria eterna en Cristo.

EL SINODO DIOCESANO HA DE SER UN NUEVO PENTECOSTES

DURANTE LA VISITA
A LA PARROQUIA DE SANTA PAULA
ROMANA, 19 DE MAYO

1. "Yo le pediré al Padre que os dé otro Defensor que esté siempre con vosotros" (Jn 14, 16).

Amadísimos hermanos y hermanas: Estas palabras de la perícopa del evangelio que acabamos de escuchar nos llevan una vez más al Cenáculo. Jesús está en la mesa la víspera de su Pasión. A los Apóstoles, que están turbados y asustados al pensar que van a quedar huérfanos del Maestro, les desvela importantes secretos, intentando consolarlos y abrir su corazón a la confianza y a la esperanza, que habrán de apoyarlos y animarlos en la realización de su misión.

Jesús promete el don del Espíritu. El susto de los Apóstoles, el miedo de quedar solos y abandonados a sí mismos, no tienen razón de ser: la ausencia física del Maestro será colmada por la presencia viva y vivifi-

cadora del Consolador, de ese mismo Espíritu que han experimentado en la familiaridad diaria con Cristo.

"No os dejaré desamparados... Pediré al Padre que os dé otro Defensor". La promesa se realiza una primera vez la tarde del mismo día de la resurrección: el Espíritu, que ya ha brotado del nuevo Adán "que duerme" en la cruz, éste lo infunde a los Apóstoles para inaugurar el tiempo de la Iglesia, nacida de su misterio pascual. La realización plena tendrá lugar cincuenta días después, en Pentecostés, para que el proyecto divino de la salvación universal, mediante la obra de los Apóstoles y de toda la comunidad de los discípulos, llegue a su realización definitiva.

2. Es más, las palabras de Jesús no acaban en la promesa del Espíritu, que será dado a los Apóstoles.

Llegan hasta describir la acción, misteriosa y escondida, pero real y eficaz en ellos y en todos los que, al adherirse a Cristo como ellos, forman el pueblo de la nueva alianza.

El Consolador será para todos "Espíritu de verdad" que los guiará —como "Maestro interior"— a toda la verdad es decir, a la plena comprensión del misterio de Cristo y a la experiencia viva y gozosa de la salvación que El ha realizado con su Pascua. Y ello sólo puede suceder en la fe y por medio de la fe, obra del Espíritu y fruto de su presencia en el corazón del hombre. Una presencia de consuelo y de paz, que abre a la confianza y asegura de forma duradera la transmisión y la irradiación de la Buena Noticia que ha revelado Jesús de Nazaret (cf. *Dominum et vivificantem*, 7).

3. El Espíritu, al permanecer siempre con los discípulos del Señor, también les desvelará no sólo el misterio que une el Hijo al Padre en la comunión trinitaria, sino también el vínculo profundo que une a Cristo con los suyos, en la comunión fraterna. "Entonces sabréis que yo estoy en mi Padre, vosotros en mí y yo en vosotros". Una revelación que se traduce en experiencia gozosa para todos los que se abren a una relación de amor a Cristo, acogiendo con docilidad y observando fielmente sus mandamientos.

"Al que me ama, lo amaré mi Padre, y yo también lo amaré y me revelaré en él".

Todo ello, pues, se realizará por el poder del Espíritu, fuente de una convicción y profunda adhesión a la persona de Cristo y a su mensaje de amor, fuente de cohesión y de unidad para todos los que le obedecen. La dócil acogida del Espíritu hace

posible a los creyentes la observancia de los mandamientos y un testimonio de comunión capaz de mover el corazón de los que "están fuera" de este circuito de amor y, sin embargo, aspiran a la verdad, sueñan una fraternidad abierta a todos, trabajan por una justicia y una paz que no conocen barreras.

4. De este modo se perfila un tercer aspecto de la acción del Espíritu. Al permanecer siempre con los discípulos, hará inteligible y posible la realización del plan divino de salvación, para que los hombres de todo tiempo, de toda raza y cultura sean "uno" en Cristo.

Por eso, el Espíritu es revelado por Jesús como origen y fundamento de la comunión pero también de la misión. En efecto, esta no es más que la "propuesta" hecha a todos los hombres de entrar en el proyecto salvífico, que Dios revela y realiza en la historia. Proyecto que comienza el día de Pascua, para realizarse el último día, pero que se construye "hoy" mediante el anuncio del misterio de Cristo, los gestos de la liberación integral del hombre y la celebración de los sacramentos pascuales. Y siempre por el poder del Espíritu.

5. Esta misión, que es propia de la Iglesia, la vemos realizada desde los comienzos mediante la obra de los primeros testigos. Prueba elocuente de ello la tenemos en la primera lectura de la misa, en la que se registra la segunda etapa de la difusión del Evangelio desde Jerusalén hasta las ciudades de Samaria y de Judea. Son protagonistas de ello el diácono Felipe y los Apóstoles Pedro y Juan.

La acción evangelizadora de Felipe está centrada en la predicación de Jesús, el Cristo, y está acompañada de milagros, como signos de la presencia

del reino y de la salvación global que se ofrece al hombre. La acogida del mensaje es corroborada por el don del Espíritu que los Apóstoles confieren mediante la imposición de las manos. De este modo los creyentes son insertados en Cristo e insertados en el designio salvífico de una comunión que no conoce confines y que suscita la alegría de toda la ciudad.

6. Amadísimos hermanos y hermanas de la parroquia de santa Paula: el mensaje de la liturgia de hoy ofrece a vosotros y a toda la Iglesia de Roma, comprometida en el camino sinodal, preciosos estímulos para la tarea que os espera.

Antes que nada, exhorto a todos a incrementar la oración, especialmente los próximos días que nos preparan a la solemnidad de Pentecostés. Unámonos como miembros vivos del Cuerpo místico de Cristo en la súplica de nuestro Jefe y Señor, para que el Padre envíe el Espíritu a todos los que forman en Roma la comunidad de los discípulos de Jesús. Pues, el Sínodo pastoral diocesano quiere ser un "nuevo Pentecostés" para los hombres que viven en esta ciudad.

Y lo será si los cristianos, acogiendo al Consolador, se dejan guiar por El "hacia toda la verdad entera" y se renuevan en la fe; si abren su corazón a la palabra de Dios y a una observancia más fiel y coherente del mandamiento del amor; si, animados por el Espíritu, viven unidos a Cristo como sarmientos a la vid, ofreciendo de ese modo —dentro de una sociedad desgarrada por el pecado— el testimonio de una comunión que abre a la alegría, suscita el deseo o la nostalgia de una solidaridad entre los hombres más amplia y profunda, y empuja a un auténtico y eficaz servicio de amor hacia el que se encuentra en dificultad o en necesidad.

7. Estos son los presupuestos y las instancias de la "nueva evangelización", a la cual llama el Sínodo a todos: obispos, presbíteros, diáconos, religiosos y laicos. Está fuera de dudas que ésta, para ser auténtica y eficaz, ha de enraizarse —como recuerda el Apóstol Pedro en la segunda lectura de la misa— en la "glorificación" de Cristo, animada por el Espíritu que, al tiempo que nos hace "santos", nos llena de esperanza y de pasión por la venida del reino de Dios.

La misión se desarrolla en un mundo, si no hostil, sin duda indiferente, que no ahorra persecuciones y sufrimientos a los que obran el bien. Por eso el mismo Apóstol exhorta a los cristianos —y por lo tanto, también a vosotros— a dar testimonio con valentía de la propia adhesión a Cristo "siempre prontos para dar razón de vuestra esperanza a todo el que os lo pidiere" (1 P 3, 15). Y a este propósito, añado todavía que se haga todo "con mansedumbre y respeto" y "en buena conciencia" (cf. 1 P 3, 15-16).

8. Ahí se descubren las modalidades que caracterizan la auténtica evangelización.

El anuncio del Evangelio, como "propuesta" de salvación, constituye una formidable petición de amor. Como tal, si por una parte crea una tremenda responsabilidad en aquellos a quienes se dirige, sin embargo los deja libres de aceptarlo o rechazarlo. Será tarea de los cristianos, sin quitar nada a la integridad del mensaje así como a las exigencias de radicalidad que propone, anunciar el Evangelio siguiendo los caminos de la paciencia y la dulzura, de la rectitud de intención y de la coherencia moral. Estos han de saber respetar los tiempos, a veces lentos y fatigosos, del cami-

no de fe de cuantos se abren al don divino, y han de manifestar aprecio por el bien, a menudo escondido o sumergido, que hay en cada persona humana, por la sed de verdad, por el deseo de comunión con Dios y con los hermanos.

Estas son actitudes interiores y modalidades concretas, a las que han de abrirse los que, adhiriéndose a Cristo, viven en la fidelidad sus mandamientos y son dóciles a la acción del Espíritu.

9. "Grandes son las obras del Señor". Amadísimos fieles de la parroquia de santa Paula Romana en la "Balduina": Las palabras del salmo responsorial me salen espontáneas de los labios por la alegría de este encuentro que me permite "sentir entre vosotros el mutuo consuelo de la común fe" (Rm 1, 12). Saludo al cardenal Vicario y a monseñor Ragnoli, obispo encargado de este sector. Saludo al párroco, don Genaro Antonini, a los vicarios parroquiales y a los sacerdotes que colaboran con él en el servicio pastoral. Saludo también a los religiosos y a las religiosas, presentes en el territorio parroquial con casas, escuelas y obras de carácter social.

Mi saludo se extiende también a todos vosotros, fieles de esta parroquia, que de diversas formas os hacéis cargo de su vida, de su actividad, de sus iniciativas al servicio de los más humildes y de los más pobres. En particular, deseo dirigir una palabra de agradecimiento y estímulo a los que

contribuyen personalmente en los organismos de comunión y de corresponsabilidad o en las estructuras pastorales que tienen como finalidad la promoción de la liturgia de la catequesis, de los servicios caritativos. Personas individuales, grupos, asociaciones, movimientos, han de coordinar sus esfuerzos apostólicos para favorecer el relanzamiento de la evangelización en el mundo contemporáneo.

Es ésta una tarea que debéis sentir especialmente vosotros, fieles de esta parroquia que, por la santa titular y por los nombres que tienen muchas de sus calles, se relaciona directamente con la Iglesia de los primeros siglos, de donde vienen tantos y tan ilustres testimonios de heroica virtud cristiana.

"Grandes son las obras del Señor": las obras que hizo en un tiempo, pero también las que hace hoy. A El, queridísimos fieles, elevamos nuestra alabanza, dándole gracias por las maravillas que realiza por medio de su Espíritu. El nos lo alcanza con la oración, y nos lo da también en esta eucaristía al celebrar su misterio pascual.

Sí, amadísimos hermanos y hermanas, exultamos de alegría y alabamos el nombre del Señor que, al tiempo que nos refuerza en la comunión con Cristo, nos empuja a la misión, es decir, a anunciar a todos lo que El realiza para la salvación de los hombres.

¡Amén!

EL ESPIRITU NOS IMPULSA A CONSTRUIR UNA IGLESIA EN COMUNION Y EN MISION

EN LA SOLEMNIDAD DE
PENTECOSTES, CELEBRADA EN LA
BASILICA DE SAN PEDRO,
3 DE JUNIO

1. "¡Ven, Espíritu Santo! Penetra en lo más íntimo del corazón de tus fieles" (Secuencia).

Amadísimos hermanos y hermanas, *hagamos nuestra la oración con que hoy la Iglesia entera invoca la venida del Espíritu Consolador, que quiere hacerla "una" en la verdad e inflammarla con el fuego de la caridad, para que vaya por todo el mundo a anunciar el Evangelio de la salvación!*

Hagámosla nuestra nosotros, Iglesia de Dios que está en Roma, convocada sobre la tumba de Pedro, para recibir nuevo impulso en el camino sinodal ya comenzado.

En efecto, somos conscientes de que nos encontramos aquí reunidos, juntamente con María, Madre de Cristo y de la Iglesia, con una vinculación ideal con aquel lugar primario y originario, en el que tuvieron lugar los más grandes misterios de nuestra redención.

¡Aquél lugar es el Cenáculo de Jerusalén!

Allí, en cierto modo, nació la Iglesia durante la Última Cena, en la víspera de la pasión de Cristo: nació de la Eucaristía, sacramento del sacrificio de Cristo, que reúne a los hijos de Dios dispersos, para hacer de ellos un solo corazón y una sola alma.

Allí también, la tarde del día de Pascua, el Resucitado se apareció a los Apóstoles y les mostró sus manos y su costado, signos de su sacrificio, "sopló sobre ellos y les dijo: Recibid el Espíritu Santo" (cf. Jn 20, 19-20. 22) para dar inicio a la nueva humanidad, es decir, a la Iglesia, a fin de que lo reconociese en la verdad y lo anunciase fielmente a todos los hombres.

Allí finalmente, cincuenta días después de la resurrección, Cristo Señor llevó a cumplimiento el misterio pascual: realizó la promesa e infundió el Espíritu, mediante el signo del fuego, para que a través de la obra de los Apóstoles y de los discípulos la Iglesia, nacida de la cruz y de la resurrección de Cristo, se manifestase como signo e instrumento de la salvación universal.

Así, la primera revelación del Espíritu se relaciona con el Cenáculo de Jerusalén. Con él está vinculada también su plena revelación, el día de Pentecostés, evento que la Iglesia conmemora en la solemnidad de hoy.

En efecto, "hoy se ha realizado Pentecostés, alabuya. Hoy el Espíritu aparece, en forma de fuego, a los discípulos; con dones y carismas nos manda a todo el mundo para dar testimonio del Evangelio. El que crea y sea bautizado, se salvará. Alabuya" (Ant del Magnificat de las segundas Vísperas de Pentecostés).

Para nosotros, aquí reunidos, el Pentecostes de este año tiene un significado muy especial. En 1986 a medianoche, junto con la inauguración del Año Mariano, quedó inaugurado el Sínodo de la Iglesia de Roma con el objetivo de impul-

sar a la comunidad cristiana que está en esta ciudad, sede del Sucesor de Pedro, a abrirse al don del Espíritu para vivir más auténticamente la *comunión* y la *misión*, de acuerdo con las directrices del Concilio Vaticano II y como respuesta a la singular vocación a la que ha sido llamada por la Providencia, con vistas a un nuevo y más vigoroso anuncio del Evangelio en el nuevo contexto socio-cultural. Todo esto para que "venga el reino de Dios" y se realice plenamente el progreso de la Redención en este último tramo del siglo, en que la humanidad se proyecta hacia el tercer milenio de la era cristiana.

Agradezco al cardenal vicario las palabras que me ha dirigido al inicio de esta celebración eucarística con las que ha trazado las grandes líneas del camino sinodal recorrido en estos cuatro años y del que queda todavía por recorrer.

La primera etapa de este camino, encaminada a conocer mejor la situación de la ciudad y el estado pastoral de la diócesis, ya ha concluido.

Han aparecido problemas e instancias con respecto a la *comunión* y a la *nueva evangelización*; se ha abierto un campo inmenso; han surgido muchas esperanzas; se están planteando interesantes perspectivas de renovación.

Las quince *comisiones preparatorias* han elaborado un vasto material para la reflexión, la verificación y el relanzamiento de la vida eclesial en sus diversos sectores, y para un nuevo servicio misionero. Lo que hace falta ahora es *profundizar, asimilar y traducir* ese material en *orientaciones operativas*, con la activa contribución de todos aquellos que, sintiéndose miembros vivos y responsables de la Iglesia, se interesan por el futuro del hombre y el rostro cristiano de esta ciudad.

Este compromiso lo requiere la misma naturaleza del Sínodo, ya que es "convergencia de caminos" para avanzar juntos hacia la *plena realización del proyecto que Dios quiere llevar a cabo en la historia*.

Toda la Iglesia de Dios que está en Roma, en sus diversas articulaciones, debe sentirse comprometida en este delicado y decisivo trabajo, del que depende el pleno éxito del Sínodo pastoral diocesano.

Vosotros en especial, amadísimos hermanos y hermanas, que os habéis reunido aquí para invocar junto conmigo al Espíritu Santo, sentís la responsabilidad de prestar vuestra contribución a la definitiva preparación de este importante acontecimiento, en el que se han puesto tantas esperanzas.

El Obispo de Roma, al tiempo que os saludo a todos con particular afecto, *desea también daros las gracias* por todo lo que habéis hecho ya y por todo lo que estáis haciendo en esta dirección. Al mismo tiempo quiere *animaros a proseguir con nuevo entusiasmo* en esta iniciativa que, aun siendo obra de Dios, es también tarea de cada uno de vosotros.

3. Sí, amadísimos hermanos y hermanas, a eso os llama y os impulsa el Espíritu, del que habéis sido hechos partícipes a través de los sacramentos pascales, para ser constructores de una Iglesia que *esté totalmente en comunión y en misión*.

"En un solo Espíritu hemos sido todos bautizados, para no formar más que un cuerpo" (1 Co 12, 13).

En efecto, en el sacramento del renacimiento, el *bautismo*, se os ha dado el Espíritu no sólo para ser injertados en Cristo, sino también para introducirlos en el misterio de la Iglesia y haceros capaces de diversas culturas y civilizaciones.

Por el mismo Espíritu habéis sido "confirmados" como hijos en el Hijo con el sacramento de la *confirmación*, para ser testigos del Resucitado y constructores de una nueva humanidad. Por esto renovaremos dentro de poco los compromi-

sos asumidos entonces.

De este Espíritu, finalmente, queremos beber, al comulgar el cuerpo y la sangre del Señor en la *Eucaristía* que estamos celebrando, a fin de que el fuego del amor transforme nuestra vida y lo llevemos a todos los hombres para renovarlos con la luz de la verdad y la fuerza de la caridad.

¡Eso es precisamente lo que el Sínodo nos pide!

4. Nuestro Sínodo, amadísimos hermanos y hermanas, debe encontrar en los sacramentos pascales su verdadero fundamento, y en el Cenáculo de Jerusalén su constante punto de referencia, pues de aquí brota el Espíritu, manantial de la comunión y de la misión en la Iglesia.

Objetivo del Sínodo es el continuo renacimiento a la "vida en el Espíritu" de esta antiquísima Iglesia apostólica, que sigue viviendo y caminando en Roma para anunciar el Evangelio también a los hombres de hoy, que con frecuencia parecen haberlo olvidado o incluso lo ignoran.

Por consiguiente, entremos al Cenáculo para orar junto con María y acoger al Consolador, como hicieron los Apóstoles y la primitiva comunidad de Jerusalén.

"Ven, Espíritu Santo; llena los corazones de tus fieles y enciende en ellos el fuego de tu amor".

¡Ven y haz de la Iglesia que está en Roma un cuerpo solo!

¡Ayuda a los fieles que viven en esta ciudad a profesar con palabras y obras que *solo Jesucristo es el Señor*! ¡Hazlos capaces de anunciar a todos la Buena Nueva del Reino!

¡Sí, amadísimos hermanos y hermanas, con la luz y la fuerza del Espíritu Santo id a llevar el fermento del Evangelio a todas las realidades y a los ambientes donde viven y trabajan los hombres de hoy!

En efecto, es preciso *salir del Cenáculo*, como hicieron los Apóstoles el día de Pentecostés, para dar testimonio de que Cristo ha resucitado, está vivo, camina con el hombre, y que sólo en Él es posible obtener la salvación.

También Roma hoy, como Jerusalén el día de Pentecostés, es una ciudad en la que resuenan lenguas diversas y están presentes personas de diversas culturas y civilizaciones. También hoy hace falta, por consiguiente, esforzarse para que en esta multiplicidad de experiencias humanas se establezca la *unidad en la verdad*, en aquella verdad de la que el Espíritu da testimonio. Así, a todos se concederá escuchar aún las maravillas que Dios realiza para hacer a los hombres partícipes de su misma vida y hacer de ellos *un solo pueblo nuevo*.

5. Amadísimos hermanos y hermanas, reunidos el día de Pentecostés en este mismo lugar en que hace cuatro años comenzó el camino sinodal, escuchemos con fe y con íntima disponibilidad de corazón las palabras que Cristo resucitado dirigió a los Apóstoles en el Cenáculo: "Como el Padre me envió, también yo os envío... Recibid el Espíritu Santo" (Jn 20, 21-22).

"Hay diversidad de carismas, pero el Espíritu es el mismo; diversidad de ministerios, pero el Señor es el mismo; diversidad de operaciones, pero es el mismo Dios que obra todo en todos" (1 Co 12, 4-6).

La Iglesia es una en la comunión, pero abierta a la misión.

Acojamos, pues, al Espíritu para realizar el plan de Dios, que es único, aun en la diversidad y complejidad de los dones y de las tareas confiadas a cada uno.

El Sínodo Romano, como muchos otros en el pasado y también en nuestros

tiempos, es un encuentro de muchas personas y de muchos caminos, para descubrir lo que sirve a la unidad del pueblo de Dios y de la humanidad.

El Sínodo debe constituir una particular confirmación de la unidad del Cuerpo de Cristo, que es la Iglesia, para que ella sea cada vez más y cada vez mejor signo e instrumento de unidad y de salvación para el género humano.

Por eso, nuestra invocación al Espíritu se transforma hoy en un grito: ¡Ven!

¡Ven, Espíritu Santo!

¡Ven! ¡Penetra en lo más íntimo del corazón de tus fieles!

Otorga a cada uno, mediante nuestro Sínodo, una particular manifestación tuya para el provecho común (cf. 1 Co 12, 7).

Para que Dios sea todo en todos.

Amén.

VUESTRA MISIÓN: GUIAR A LOS DEMÁS POR EL CAMINO DE LA FIDELIDAD AL EVANGELIO

EN LA SOLEMNIDAD DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

1. "Gloria al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo".

Este domingo expresa, de modo particular, lo que constituye la esencia de la vida de la Iglesia: la gloria de Dios. "El que es, que era y que vendrá" (Ap 1, 8).

La gloria de Dios en su trascendente majestad y, al mismo tiempo, en el impenetrable misterio de su divinidad.

La glorificación de la santidad absoluta, es decir, de la Santísima Trinidad.

"Aquel que es" (cf. Ex 3, 14) es Uno en la unidad perfecta de la divinidad.

Es Uno como Trinidad: el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Dios que todo lo crea, todo lo vivifica, todo lo santifica, todo lo dona a todos. Dios en el que vivimos, nos movemos y existimos (cf. Hch 17, 28).

2. Este Dios, en el impenetrable misterio de su vida, es el Dios que "viene".

La solemnidad de la Santísima Trinidad testimonia a Dios que viene para estar "en medio" de su pueblo. Viene para responder a la súplica de Moisés, como recuerda el libro del Exodo, pero viene sobre todo porque tal es su eterna Voluntad. De hecho, no está encerrado en la perfección de su divinidad, sino que su vida interior se convierte en la economía salvífica de la historia del universo, de la historia del hombre.

En sí mismo está el Amor: de la sobreabundancia de su paternidad "ha amado tanto al mundo". Lo ha amado tanto, "que entregó a su Hijo unigénito, para que todo el que cree en él no perezca, sino que tenga vida eterna" (Jn 3, 16).

Dios se da a sí mismo en el Hijo

Lo que el divino Maestro dice a Nicodemo, según el evangelio de Juan, es expresado también por el Apóstol Pablo, en la segunda carta a los Corintios: "la gracia del Señor Jesucristo, el amor de Dios y la comunión del Espíritu Santo" (2 Co 13, 13); éste es el Dios en el que vivimos, Dios del que recibimos la vida, del que recibimos la vida eterna.

El mismo es esta Vida Eterna: es la Vida y la Eternidad. Al darnos al Hijo Unigénito, el Padre nos ha llamado a participar en esta misma vida. Y nosotros participamos en ella mediante el Hijo por el cual el mundo ha sido salvado en la cruz. Participamos en ella en virtud del Espíritu Santo y de su acción santificadora, a la que el sacrificio de Cristo ha abierto el camino en la historia del mundo, en la historia de nuestras almas.

3. Queridos hermanos, tened todo esto delante de vuestros ojos, y de modo particular vosotros que hoy en esta basílica de san Pedro estáis a punto de recibir el sacramento del sacerdocio de Cristo. Vosotros, que habéis respondido a la voz interior del Espíritu Santo, que os llama al ministerio sacerdotal en la Iglesia.

Tened delante de vuestros ojos todo esto vosotros que estáis llamados por medio de la ordenación presbiteral a proclamar a los hombres la redención obrada por Jesucristo. No olvidéis jamás que habéis sido elegidos para guiar a los hermanos por el camino de la fidelidad al Evangelio bajo la guía del Espíritu Consolador. No olvidéis que se os envía, a tantas partes del mundo, para testimoniar, en la novedad de la existencia, el Amor

misericordioso del Padre. Mediante la imposición de las manos habéis sido convertidos en ministros y dispensadores. Para que podáis realizar completamente la misión que hoy os es confiada, es necesario que abraquéis el misterio del Dios vivo en su totalidad, con los ojos de la fe. Es necesario que esto permanezca grabado profundamente en vuestros corazones. Es necesario también que esto quede marcado para siempre con el carácter sacerdotal, como sello del Espíritu Santo.

Vosotros nacéis de la profundidad de este inefable misterio divino: del amor del Padre, de la gracia de Jesucristo, del don de la unidad en el Espíritu Santo.

Vuestro origen sacerdotal es trinitario.

En el corazón de cada uno de vosotros está inscrita, de manera extraordinaria, la verdad del Hijo que el Padre ha dado para la redención del mundo.

Vivid cada día esta verdad.

Vividla cada vez más intensamente; imbuid con la verdad, cada vez más profundamente, todos los días de vuestro servicio sacerdotal. Vivid de ella y comunicadla también a los demás.

"El Dios del amor y de la paz estará con vosotros" (2 Co 13, 11).

Que mediante el servicio de vuestro sacerdocio y el testimonio de vuestra vida el Señor esté siempre "en medio" de su pueblo.

El Padre, el Hijo y el Espíritu Santo: ¡el Único Dios!

Gloria a El en la eternidad.

Amén.

Mensajes

PARA LA CUARESMA 1990

CARIDAD, JUSTICIA Y SOLIDARIDAD HACIA LOS EXILIADOS Y REFUGIADOS

Queridísimos hermanos y hermanas en Cristo:

1. Como cada año, al acercarse la Cuaresma, se me ofrece la ocasión de dirigirme a vosotros para invitaros a sacar provecho de este momento favorable, de este "tiempo de salvación" (cf. 2 Co 6, 2) para que sea vivido por todos intensamente en su doble dimensión de conversión a Dios y de amor a los hermanos. La Cuaresma, en efecto, nos invita a abrir totalmente la mente y el corazón para escuchar la voz del Señor que invita a volver a El en novedad de vida, y a ser cada vez más sensibles a los sufrimientos de quienes nos rodean.

Este año quisiera proponer, con especial empeño, a la común reflexión el problema de los refugiados y exiliados. En efecto, su enorme y creciente número constituye una dolorosa realidad en el mundo en el cual vivimos, y no se limita solamente a algunas regiones, sino que se ha extendido ahora a casi todos los continentes.

Los refugiados, hombres sin patria, buscan acogida en otros países del mundo, nuestra casa común: pero sólo a pocos de ellos les es dado volver a su país de origen debido a cambios en la situación interna; para los demás se prolonga una dolorosísima situación de éxodo, de inseguridad y de ansiosa búsqueda de una adecuada ubicación. Entre ellos se encuentran niños, mujeres, viudas, familias frecuentemente divididas, jóvenes frustrados en sus aspiraciones, adultos erradicados de su profesión, privados de todos sus bienes materiales, de la casa, de la patria.

2. Frente a la amplitud y gravedad del problema todos los hijos de la Iglesia deben sentirse interpelados, como seguidores de Jesús —que quiere también sufrir la condición de refugiado— y en calidad de portadores de su Evangelio. Por otra parte, Cristo mismo, en aquella conmovedora página evangélica, que en la liturgia latina leemos el lunes de la primera semana de Cuaresma, se ha querido identificar y reconocer en cada uno de los refugiados: "Era extranjero, y me habéis hospedado. . . Era extranjero, y no me habéis hospedado" (Mt 25, 35-43).

Estas palabras de Cristo nos deben llevar a un atento examen de conciencia acerca de nuestra actitud frente a los exiliados y refugiados. Los encontramos en efecto, casi a diario en el territorio de tantas parroquias; han llegado a ser verdaderamente nuestro prójimo más cercano. Por esta razón tienen necesidad de la caridad,

de la justicia y de la solidaridad de todos los cristianos.

3. A vosotros, por tanto, a cada uno individualmente y a cada comunidad de la Iglesia católica dirijo mi apremiante exhortación en esta Cuaresma, para buscar todas las posibilidades existentes con miras a socorrer a los hermanos refugiados y desplazados, organizando adecuadas obras de acogida para favorecer su plena inserción en la sociedad civil, mostrando apertura de mente y calor humano.

La solicitud por los refugiados nos debe estimular a reafirmar y subrayar los derechos humanos, universalmente reconocidos, y a pedir que también para ellos sean efectivamente aplicados. Como lo mencionaba el 3 de junio de 1986, con ocasión de la entrega del Premio Internacional de la Paz Juan XXIII al "Catholic Office for Emergency Relief and Refugees (COERR)" de Tailandia, la Encíclica "*Pacem in terris*" de aquel gran Pontífice había ya subrayado la urgencia de que los derechos del refugiado deben serles reconocidos como personas; y afirmaba que "es deber nuestro garantizar siempre los inalienables derechos, que son inherentes a todo ser humano y no están condicionados por factores naturales o por situaciones sociopolíticas" (cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 16 de noviembre de 1986, pág. 19). Se tratará, pues, de garantizar a los refugiados el derecho de constituir una familia o de integrarse a ella: de tener una ocupación segura, digna, con remuneración adecuada; de vivir en una casa digna de seres humanos; de disfrutar de una adecuada instrucción escolar para los niños y los jóvenes, como también de la asistencia médico-sanitaria; en una palabra todos aquellos derechos que han sido solemnemente aprobados desde 1951 por la Convención de las Naciones Unidas sobre el Estatuto de los Refugiados y confirmados por el Protocolo de 1967 sobre el mismo Estatuto.

4. Reconozco que, frente a un problema de tanta magnitud, ha sido intenso el trabajo de organismos internacionales, de organizaciones católicas y de movimientos de diversa índole, en la búsqueda de adecuados programas sociales, a los cuales numerosas personas dan su apoyo y colaboración. Agradezco a todos, y a todos doy mi voz de aliento para una mayor sensibilidad, dado que, como puede fácilmente ser comprobado, aquello que se hace, aunque es mucho, no es todavía suficiente. En efecto, crece el número de refugiados, y la posibilidad de acogida y asistencia se muestra insuficiente.

Nuestro empeño prioritario debe ser el de participar, animar y sostener con nuestro testimonio de amor auténticas corrientes de caridad, que logren permear, en todos los países el trabajo de educación, en especial de la infancia y de la juventud, en el respeto recíproco, la tolerancia, el espíritu de servicio, a todos los niveles, tanto personal como a nivel de autoridad pública. Esto facilitará sobremanera la superación de muchos problemas.

5. También me dirijo a vosotros, amados hermanos y hermanas refugiados y exiliados, que vivís unidos en la fe en Dios, en la mutua caridad y en la esperanza inquebrantable. Todo el mundo conoce vuestras vicisitudes. La Iglesia os acompaña mediante la ayuda que sus miembros se esfuerzan en prodigar, aun a sabiendas de que es insuficiente. Para aliviar vuestros sufrimientos es necesaria también la contribución de vuestra buena voluntad y de vuestra inteligencia. Vosotros sois ricos en espíritu cívico, en cultura, en tradiciones, en valores humanos y espirituales, de donde podéis tomar la capacidad y la fuerza para comenzar una nueva vida. Ejercitaos también vosotros, dentro de los límites de vuestras posibilidades, en la

asistencia y en la ayuda recíproca en los lugares donde estáis temporalmente acogidos.

Nosotros los católicos os acompañaremos y os sostendremos en vuestro camino, reconociendo en cada uno de vosotros el rostro de Cristo exiliado y peregrino, recordando cuanto El dijo: "Cuántas veces habéis hecho esto a uno solo de estos pequeños, me lo habéis hecho a mí" (Mt 25, 40).

6. Al comienzo de esta Cuaresma invoco la abundancia de gracia y de luz que se irradia del misterio de la Pasión y Resurrección redentoras de Cristo, a fin de que cada una de las personas y de las comunidades eclesiales y religiosas de toda la Iglesia, encuentre la inspiración y energías necesarias para las obras de concreta solidaridad en favor de los hermanos y hermanas refugiados y exiliados; y así estos, confortados por la fraterna ayuda y el interés de los demás, encuentren fuerza y esperanza para proseguir en su fatigoso camino.

Que mi bendición sea prenda de copiosos dones del Señor sobre cuantos acojan este mi apremiante llamado.

Vaticano, día 8 de septiembre, 1989, fiesta de la Natividad de la Santísima Virgen María.

PARA LA JORNADA MUNDIAL DE ORACION POR LAS VOCACIONES

JOVENES, ABRID VUESTRO CORAZON A CRISTO

Venerados hermanos en el episcopado, amadísimos fieles de todo el mundo:

1. Aproximándose la celebración anual de la *Jornada mundial de Oración por las Vocaciones*, que tendrá lugar en la Iglesia universal, como de costumbre, el IV Domingo de Pascua, me complace recurrir, junto con vosotros, a aquella reconfortante promesa de Jesús: "Si dos de vosotros se ponen de acuerdo en la tierra para pedir algo, sea lo que fuere, lo conseguirán de mi Padre que está en los cielos. Porque donde están dos o tres reunidos en mi nombre, allí estoy yo en medio de ellos" (Mt 18, 19-20).

El próximo domingo 6 de mayo se encontrará toda la Iglesia reunida en el nombre del Señor para implorar al "Dueño de la mies" el don de las vocaciones de especial consagración; sacerdotes, diáconos, religiosos y religiosas, laicos, comunidades parroquiales, grupos, asociaciones y movimientos, todos juntos, elevarán súplicas al Padre celestial para que enriquezca a la Iglesia con nuevas vocaciones.

Confío en que esta coral imploración será ampliamente escuchada. No puedo, sin embargo, dejar de recordar que a la oración debe acompañar el compromiso personal y comunitario de hacerse promotores de

vocaciones. En efecto, no debe olvidarse que ordinariamente la llamada del Señor se hace sentir a través del ejemplo y la acción de los hombres, especialmente de cuantos en la Iglesia viven ya la gozosa experiencia del seguimiento de Cristo.

Precisamente en virtud de este compromiso y también en vista del próximo Sínodo de los Obispos, que tendrá como tema "La formación de los sacerdotes en las circunstancias actuales", *deseo llamar la atención de todo el pueblo de Dios, especialmente de los que en medio de él tienen responsabilidades educativas y formativas, sobre la importancia que adquiere el cuidado de la vida espiritual en el nacimiento y consolidación de las vocaciones.*

En efecto, no puede haber ningún género de maduración vocacional si no es dentro de un camino espiritual decidido y vigoroso, pues sólo una vida espiritual auténtica constituye el "terreno bueno" (Mt 13, 23) que permite a la "semilla" de la vocación ser acogida y crecer hasta su plena expansión.

2. *La vocación fundamental del hombre* consiste en alcanzar la plena comunión con Dios. El hombre ha sido creado "a imagen y semejanza de Dios" (Gn 1, 26-27; Sb 2, 23; Si 17, 3; 1 Co 11, 7) y está llamado, en Cristo, a realizar progresivamente una relación de íntima unión y de amor filial con su Creador.

Para realizar dicha vocación, se ha dado al hombre participación en la vida divina, la cual, también gracias a su empeño personal, crece en él, operando aquel proceso de santificación que lo transforma en "creatura nueva" (1 Co 5, 17; Ga 6, 15), haciéndolo cada vez más capaz de acoger y conocer los secretos de Dios (cf. 1 Co 2, 9-14; 6, 17;

Rm 8, 14-16; Ga 4, 6) y de adherir plenamente a su proyecto de amor.

El lugar donde esta vida germina y, bajo la acción del Espíritu Santo, gradualmente crece y madura, es la Iglesia, de la cual el cristiano pasa a ser miembro por el bautismo.

3. Las vocaciones de especial consagración son una explicitación de la vocación bautismal: ellas se alimentan, crecen y se robustecen mediante un serio y constante cuidado de la vida divina recibida en el bautismo y, usando de todos los medios que favorecen el pleno desarrollo de la vida interior, conducen a opciones de vida enteramente dedicadas a la gloria de Dios y al servicio de los hermanos. Dichos medios son:

la audición de la *Palabra de Dios*, que ilumina también las opciones que hay que adoptar para un seguimiento de Cristo cada vez más radical;

la participación activa en los sacramentos, sobre todo, en la *Eucaristía*, que es el centro insustituible de la vida espiritual, fuente y alimento de todas las vocaciones;

el sacramento de la *penitencia*, que, favoreciendo la continua conversión del corazón, purifica el camino de adhesión personal al proyecto de Dios y refuerza el vínculo de unión con Cristo;

la *oración personal*, que concede el vivir constantemente en la presencia de Dios, y la *oración litúrgica*, que incorpora a todo bautizado en la oración pública de la Iglesia;

la *dirección espiritual*, como medio eficaz para discernir la voluntad de Dios, cuyo cumplimiento es fuente de maduración espiritual;

el amor filial a la *Virgen Santa*, que se integra como un aspecto particularmente significativo en el crecimiento

espiritual y vocacional de todo cristiano;

por último, el *empeño ascético*, pues las opciones vocacionales a menudo exigen renunciaciones y sacrificios que sólo una sana y equilibrada pedagogía ascética puede favorecer.

4. Invito, por tanto, a los educadores cristianos —padres de familia, maestros, catequistas, animadores de grupos eclesiales, guías de asociaciones y movimientos— a poner todo cuidado para que los adolescentes y jóvenes sean constante y diligentemente ayudados a *desarrollar la semilla de la vida divina que han recibido como un don en el bautismo*. Que en todo proyecto educativo la vida espiritual tenga siempre el primer puesto; que sean indicados y explicados los medios que favorecen su pleno desarrollo.

Exhorto, además, a los responsables de las comunidades cristianas, en primer lugar, a los pastores, a apacientar el rebaño de Dios nutriendo en las fuentes genuinas de la vida de la gracia.

En modo del todo particular, me dirijo a los responsables de la formación de las vocaciones de especial consagración —rectores de seminarios, padres espirituales, maestros y cuantos comparten esta delicada tarea— y les pido que pongan todo cuidado para que la vida espiritual de los llamados tenga un lugar privilegiado en la formación.

5. Finalmente, deseo dirigirme personalmente a vosotros, queridos muchachos y muchachas, adolescentes y jóvenes.

Abrid vuestro corazón a Cristo, salidle al encuentro, saciad vuestra sed en sus fuentes. El os ofrece un agua que apaga vuestra sed de verdad, de gozo, de felicidad y de amor; un agua que sacia vuestra sed de infi-

nito y de eternidad, pues el agua que El os da se transforma en vosotros "en fuente que brota para la vida eterna" (Jn 4, 14).

Escuchad a Cristo: El abre vuestros corazones a la esperanza. Seguid a Cristo: El es la "luz del mundo" y "quien lo sigue no camina en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida" (Jn 8, 12).

Descubrid la belleza de la vocación cristiana y confirmad vuestros compromisos bautismales; renovad el propósito de caminar en "novedad de vida" (Rm 6, 4), permaneciendo unidos a Cristo como los sarmientos a la vid (cf. Jn 15), para producir mucho fruto. Hacedos personalmente sensibles a las necesidades de la Iglesia, dóciles a los impulsos de la gracia divina, generosos y solícitos en responder a la eventual llamada del Señor que os invita a seguirlo más de cerca en una vida de total consagración al amor de Dios y al servicio del prójimo.

6. Y ahora, oremos juntos:

¡Oh Espíritu de verdad, que has venido a nosotros en Pentecostés para formarnos en la escuela del Verbo Divino, cumple en nosotros la misión a la cual el Hijo te ha mandado!

Llena de ti mismo todo corazón y suscita en muchos jóvenes el anhelo de lo que es auténticamente grande y hermoso en la vida, el deseo de la perfección evangélica, la pasión por la salvación de las almas.

Sostén a los "obreros de la mies" y dona fecundidad espiritual a sus esfuerzos en el camino del bien.

Haz nuestros corazones completamente libres y puros, y ayúdanos a vivir con plenitud el seguimiento de Cristo, para gustar como tu último don el gozo que no tendrá jamás fin. Amén.

Con estos votos imparto de corazón la bendición apostólica a vosotros, venerados hermanos en el episcopado, a los sacerdotes, a los religiosos y a todos los fieles laicos, en especial, a los

jóvenes y a las jóvenes que, con generosidad, acogen la voz de Jesús que los invita a su seguimiento.

Vaticano, 4 de octubre de 1989, undécimo de Pontificado.

PARA LA XXIV JORNADA MUNDIAL DE LAS COMUNICACIONES SOCIALES, QUE SE CELEBRARA EL 27 DE MAYO

EL ANUNCIO DEL EVANGELIO EN LA ACTUAL CULTURA INFORMÁTICA

Hermanos y hermanas, queridos amigos:

En una de sus plegarias eucarísticas, la Iglesia se dirige a Dios con estas palabras: "A imagen tuya creaste al hombre y le encomendaste el universo entero, para que, sirviéndote sólo a ti, su Creador, dominara todo lo creado" (Plegaria eucarística IV).

Para el hombre y la mujer así creados y enviados por Dios, cualquier día de trabajo tiene un sentido grande y maravilloso. Las ideas, actividades y empresas de cada persona humana, por muy ordinarias que sean, sirven al Creador para renovar el mundo, llevarlo a su salvación, hacer de él un instrumento más perfecto de la gloria divina.

Hace casi veinticinco años, los Padres del Concilio Vaticano II, al reflexionar acerca de la Iglesia en el mundo moderno, manifestaron que los hombres y las mujeres, por los servicios prestados a su familia y a la sociedad en sus quehaceres ordinarios, con razón pueden pensar que con su trabajo "desarrollan la obra del Creador... y contribuyen de modo personal a que se cumplan los designios de Dios en la historia" (*Gaudium et spes*, 34).

Cuando los Padres del Concilio estaban dirigiendo su mirada hacia el futuro e intentaban discernir el contexto en el que la Iglesia estaría llamada a llevar a cabo su misión, pudieron ver claramente que el progreso y la tecnología ya estaban "transformando la faz de la tierra" e incluso que ya se estaba llegando a la conquista del espacio (cf. *Gaudium et spes*, 5). Reconocieron especialmente, que los desarrollos en la tecnología de las comunicaciones con toda probabilidad iban a provocar reacciones en cadena de consecuencias imprevisibles.

Lejos de insinuar que la Iglesia tendría que quedarse al margen o intentar aislarse de la riada de esos acontecimientos, los Padres del Concilio vieron que la Iglesia tenía que estar dentro del mismo progreso humano, compartiendo las experiencias de la humanidad e intentando entenderlas e interpretarlas a la luz de la fe. Era a los fieles de Dios a quienes correspondía hacer un uso creativo de los descubrimientos y nuevas tecnologías en beneficio de la humanidad y en cumplimiento del designio de Dios sobre el mundo.

Este reconocimiento de la rapidez de los cambios y esa disponibilidad ante los nuevos desarrollos resultaron muy acertados en el curso de los años siguientes, ya que continuó la aceleración del ritmo de los cambios y del desarrollo. Hoy en día, por ejemplo, ya a nadie se le ocurriría pensar en las comunicaciones sociales o hablar de las mismas como de simples instrumentos o tecnologías. Más bien, ahora las consideran como parte integrante de una cultura aún inacabada cuyas plenas implicaciones todavía no se entienden perfectamente y cuyas potencialidades por el momento se han explotado sólo parcialmente.

Aquí, pues, encontramos las bases de nuestra reflexión para esta XXIV Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales. Cada día que pasa va cobrando mayor realidad la visión de años anteriores, aquella visión que anticipó la posibilidad de un diálogo real entre pueblos muy alejados los unos de los otros, de una repartición a escala mundial de ideas y aspiraciones, de un crecimiento en la comprensión y el conocimiento mutuos, de un robustecimiento de la hermandad más allá de barreras hasta ahora insuperables (cf. *Communio et progressio*, 181-182).

Con la llegada de las telecomunicaciones informáticas y de los sistemas de participación informática, a la Iglesia se le ofrecen nuevos medios para llevar a cabo su misión. Métodos para facilitar la comunicación y el diálogo entre sus propios miembros pueden fortalecer los vínculos de unidad entre los mismos. El acceso inmediato a la información le da a la Iglesia la posibilidad de ahondar en su diálogo con el mundo contemporáneo. En el marco de la nueva "cultura informática", la Iglesia tiene más facilidades para informar al mundo acerca de sus creencias y explicar los motivos de sus posturas sobre cualquier problema o acontecimiento concretos. También puede escuchar con más claridad la voz de la opinión pública y estar en el centro de una discusión continua con el mundo, comprometiéndose así misma más inmediatamente en la búsqueda común por resolver los problemas más urgentes de la humanidad (cf. *Communio et progressio*, 144 ss.).

Está claro que la Iglesia tiene que utilizar los nuevos recursos facilitados por la investigación humana en la tecnología de computadoras y satélites para su cada vez más urgente tarea de evangelización. Su mensaje más vital y urgente se refiere al conocimiento de Cristo y al camino de salvación que El propone. Eso es algo que la Iglesia tiene que poner a disposición de las personas de cualquier edad, invitándolas a abrazar el Evangelio por amor, y ello sin olvidar que "la verdad no se impone de otra manera que por la fuerza de la misma verdad, que penetra suave y a la vez fuertemente en las almas" (*Dignitatis humanae*, 1).

La sabiduría y perspicacia del pasado nos enseñan que Dios "habló según los tipos de cultura propios de cada época. De igual manera, la Iglesia, al vivir durante el transcurso de la historia en variedad de circunstancias, ha empleado los hallazgos de las diversas culturas para difundir y explicar el mensaje de Cristo en su predicación" (*Gaudium et spes*, 58). "El primer anuncio, la catequesis o el ulterior ahondamiento de la fe, no pueden prescindir de (los) medios (de comunicación social). . . La Iglesia se sentiría culpable ante Dios si no empleara esos poderosos medios, que la inteligencia humana perfecciona cada vez más. Con ellos la Iglesia 'prepara' desde los terrados" (cf. *Mt* 10, 27; *Lc* 12, 3) el mensaje del que es depositaria" (*Evangelii nuntiandi*, 45).

Sin duda, tenemos que estar agradecidos por la nueva tecnología que nos permite almacenar información en amplias memorias artificiales creadas por el hombre, facilitándonos así un acceso extenso e instantáneo al conocimiento que es nuestra herencia humana, a la enseñanza y tradición de la Iglesia, a las palabras de la Sa-

grada Escritura, a los consejos de los grandes maestros de espiritualidad, a la historia y tradiciones de las Iglesias locales, órdenes religiosas e institutos seculares, así como a las ideas y experiencias de los precursores e innovadores cuya intuición lleva un testimonio constante de la fiel presencia en nuestro medio de un Padre amoroso que saca de sus arcas lo nuevo y lo viejo (cf. *Mt* 13, 52).

Los jóvenes, muy especialmente, se adaptan de buen grado a la cultura informática y a su "lenguaje". Y ello es, desde luego, un motivo de satisfacción. Tenemos que fiarnos de los jóvenes (cf. *Communio et progressio*, 70). Han tenido la ventaja de crecer junto con los nuevos desarrollos, y les corresponderá a ellos utilizar esos nuevos instrumentos para un diálogo más amplio e intenso entre todas las diversas razas y categorías que comparten este planeta, "cada vez más pequeño". También será suya la tarea de buscar modos de utilizar los nuevos sistemas de conservación e intercambio de datos para contribuir a la promoción de una mayor justicia universal, de un mayor respeto a los derechos humanos, de un sano desarrollo para todos los individuos y pueblos, y de las libertades que son esenciales para una vida plenamente humana.

Sea cual sea nuestra edad, tenemos que afrontar el desafío de los descubrimientos y nuevas tecnologías, aplicándoles una visión moral basada en nuestra fe, en nuestro respeto a la persona humana y en nuestro empeño por transformar el mundo según el designio de Dios. En esta Jornada mundial de las Comunicaciones Sociales, oremos por una utilización sabia de las potencialidades de esta "edad informática", con el fin de servir a la vocación humana y trascendente de cada ser humano, y así glorificar al Padre de quien viene todo bien.

Vaticano, 24 de enero de 1990.

A LOS OBISPOS DE AMERICA DEL NORTE, DE AMERICA CENTRAL, DEL CARIBE Y FILIPINAS

LA DIGNIDAD HUMANA SE AFIRMA CON LA OBEDIENCIA AMOROSA A LA LEY DE DIOS

Los obispos de América Septentrional, Central, del Caribe y Filipinas participaron en un seminario organizado por el Centro de Educación e Investigación Médico-moral Juan XXIII. Dicho seminario, celebrado del 5 al 9 de febrero en Dallas, Texas (Estados Unidos), tuvo por tema: "El XXV aniversario del Concilio Vaticano II: una mirada al pasado y al futuro". En él se analizaron en particular las cuestiones relativas a la dignidad de la persona humana, a la ley moral objetiva y a la relación entre la Iglesia y el mundo. Juan Pablo II envió a los participantes, con fecha 20 de enero, el mensaje que ofrecemos a continuación traducido del inglés.

A mis hermanos en el episcopado de América del Norte y Centroamérica, del Caribe y de las Filipinas.

EL VATICANO II DON EXTRAORDINARIO PARA LA IGLESIA

1. Os saludo con gran gozo en el nombre de nuestro Señor Jesucristo. Habéis venido de diócesis muy diversas de Canadá, del Caribe, de Centroamérica, de México, de Filipinas, y de los Estados Unidos, para el noveno encuentro de trabajo organizado por el Centro de Educación e Investigación Médico-moral Juan XXIII. De nuevo me uno a vosotros en este año con el agradecimiento a los Caballeros de Colón por su generosa ayuda que ha hecho posible estos días de estudio y oración.

El tema general del encuentro de este año hace referencia al extraordinario don que fue para la Iglesia el Concilio Vaticano II. Vuestras reflexiones sobre "El vigésimo quinto aniversario del Vaticano II: una mirada retrospectiva y una mirada hacia el futuro" os ofrece la oportunidad de destacar los frutos que ha producido el Concilio en el pasado, en el presente y los que producirá en el futuro, para la vida de la Iglesia y su misión. Ciertamente, el Concilio fue una gran efusión del Espíritu Santo sobre el pueblo de Dios. Como dije en la Carta Encíclica *Dominum et vivificantem*: "Siguiendo la guía del Espíritu de la verdad y dando testimonio junto con él, el Concilio ha dado una especial ratificación de la presencia del Espíritu Santo Paráclito. En cierto modo, lo han hecho nuevamente 'presente' en nuestra difícil época. A la luz de esta convicción se comprende mejor la gran im-

portancia de todas las iniciativas que miran a la realización del Vaticano II, de su magisterio y de su orientación pastoral y ecuménica" (n. 26; cf. *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 8 de junio de 1986, pág. 7).

CIMIENTOS DE UNA ANTROPOLOGÍA CRISTIANA

2. Procediendo de las riquezas de la enseñanza conciliar, vuestro encuentro de trabajo se centrará en tres temas específicos del magisterio de la Iglesia que afectan profundamente a su misión: la dignidad de la persona humana, la ley moral objetiva, y la relación entre la Iglesia y el mundo.

La Constitución pastoral sobre la Iglesia en el mundo moderno *Gaudium et spes* dedica todo un capítulo a la dignidad de la persona humana (cf. núms. 12-22). Enseña que la dignidad inalienable del hombre brota del hecho de que ha sido creado a imagen y semejanza de Dios, de que es capaz de conocer y amar a su Creador, y de que ha recibido dominio sobre todas las criaturas de la tierra, que deben ser usadas responsablemente para gloria de Dios (cf. *ib.*, 12). En una palabra, la persona humana es la única criatura en la tierra que Dios ha amado por sí misma (cf. *ib.*, 24).

Estos principios son los cimientos de una antropología cristiana, que, basada en el Evangelio, lleva al hombre a descubrir la plena verdad sobre sí mismo, a saber, su pertenencia a Cristo. Todo el que es de Cristo es elevado al estado de hijo de Dios, objeto de la condescendencia divina. Este misterio del amor de Dios que dona la vida a sus hijos anuncia y es la fuente de nuestra glorificación definitiva: "gloria de Dios es el hombre viviente, pero la vida del hombre es la visión de Dios" (cf. san Ireneo, *Ad-*

versus haereses, IV, 20, 7; cf. *Dominum et vivificantem*, 59). Aquí radica nuestra mayor dignidad y nuestro destino más alto.

CRITERIO MORAL OBJETIVO

3. Más aún. Como indicarán vuestras reflexiones, un factor constitutivo de la dignidad de la persona humana como criatura redimida por Cristo es la capacidad de conocer y observar la ley moral objetiva. Los padres conciliares, cuando trataron de la transmisión responsable de la vida, enseñaron claramente que en las elecciones morales, "la índole moral de la conducta no depende solamente de la sincera intención y de la apreciación de los motivos, sino que debe determinarse con criterios objetivos tomados de la naturaleza de la persona y de sus actos" (*Gaudium et spes*, 51). En el corazón de la persona humana hay una ley inscrita por Dios, una ley que el hombre "no se impone a sí mismo" (*ib.*, 16; cf. también 51 y *Rm* 2, 15-16). Así se salvaguarda y se afirma la dignidad innata de la persona humana por medio de la obediencia amorosa a la ley de Dios, la regla de toda actividad moral.

RELACION IGLESIA-MUNDO

4. Finalmente, vuestras discusiones se centrarán en la relación de la Iglesia con el mundo. De hecho, la levadura del Evangelio enriquece el mundo en la medida en que los fieles cristianos dan testimonio eficaz, en sus vidas y en sus obras, de la verdad sobre la dignidad del hombre y dirigen sus acciones de acuerdo con la ley moral. "Los cristianos —enseñaron los padres conciliares— en marcha a la ciudad celeste, deben gustar y buscar las cosas de arriba; lo cual en

nada disminuye, antes por el contrario aumenta, la importancia de la misión que les incumbe de trabajar con todos los hombres en la edificación de un mundo más humano. En realidad, el misterio de la fe cristiana ofrece a los cristianos valiosos estímulos y ayudas para cumplir con más intensidad su misión" (*ib.*, 57; cf., también 23-32, 40-45, 53-90).

SENTIDO DE LA RESPONSABILIDAD PASTORAL

5. Queridos hermanos, deseo alentaros fraternalmente a que fijéis la atención en los importantes temas de vuestro encuentro. Que vuestras discusiones sirvan para renovar vuestro sentido de la responsabilidad pastoral, pues os encontraréis frente a una profunda confusión respecto a los principios fundamentales de vida y acción que afectan actualmente a mucha gente. En la medida que el hombre adquiere un mayor conocimiento y control del mundo que le rodea, frecuentemente crece en proporción contraria a la capacidad de comprenderse a sí mismo y la finalidad de su vida. Vuestra gente mira a la Iglesia buscando en ella una sabia y verdadera guía que les ayude a descubrir su vocación cristiana y humana, y a responder a ella con confianza.

Que el Espíritu Santo os inspire e ilumine para que, como fieles y celosos pastores de la Iglesia, expliquéis las verdades de la fe y las apliquéis con valentía y misericordia. Que María, Trono de la Sabiduría y Madre de la Iglesia, interceda por todos vosotros en vuestro servicio a su Hijo divino y a su Evangelio. Os imparto cordialmente a todos vosotros mi bendición apostólica.

DE PASCUA

SOLO CRISTO RESUCITADO PUEDE SACIAR LA ASPIRACION DEL HOMBRE A LA LIBERTAD

1. "Yo he venido al mundo" (Jn 16, 33).

La piedra sepulcral a los pies del Gólgota ha sido retirada. La tumba vacía... "No está aquí".

"Ha resucitado, no está aquí" (Mc 16, 6).

"Id a decir a sus discípulos y a Pedro..." (Mc 16, 7).

No obstante, toda la preocupación de las piadosas mujeres, cuando al amanecer iban al sepulcro, era otra: si conseguirían embalsamar su cuerpo sin vida (cf. Mc 16, 1-8).

Esto deseaban sobre todo sus corazones que tanto habían amado; corazones que habían *permanecido fieles* hasta la muerte, y más allá del umbral de la muerte.

Habían deseado encontrar el cuerpo muerto colocado en la tumba.

"Ha resucitado, no está aquí... irá delante de vosotros a Galilea" (Mc 16, 7).

2. Simón Pedro y Juan encuentran en el sepulcro todo como habían dicho las mujeres.

No le encuentran a El.

¿Tal vez, ya entonces, *estaban en condiciones de acordarse* de aquellas palabras: "Yo he vencido al mundo"? "En el mundo tendréis tribulación. Pero ¡ánimo!: Yo he vencido al mundo" (Jn 16, 3).

Sí. Los últimos días habían sido de una terrible tribulación. Ellos habían quedado desconcertados ante la detención en Getsemaní, ante la condena a la cruz, ante la muerte en el Calvario.

Habían experimentado una terrible tribulación. *Ante la tumba vacía pensaron tal vez: ¿El ha vencido al mundo?*

3. El mundo. Este mundo, en el que el hombre vive, en el que el hombre domina; este mundo a fin de cuentas parece vencer al hombre. Le vence median- te la muerte.

Pero Cristo, que ha vencido la muerte, ha vencido al mundo. "O mors, ero mors tua".

Ha probado la muerte, ha aceptado la muerte, para manifestarse más allá del horizonte que gravita sobre toda la historia del hombre.

El, con la propia muerte, ha hecho morir aquella muerte, de la que el pecado había sido el comienzo. El pecado del hombre y el pecado del mundo.

"El mundo", bajo la influencia de la Mentira original, se convirtió en el corazón del hombre en el adversario de Dios.

El mundo, que debía abrir el corazón del hombre a Dios, comenzó a arro- jar a Dios del corazón humano.

Y, a pesar de que el tentador repita desde el principio: "Seréis como Dios" (cf. Gn 3, 5) este mundo, a fin de cuentas, jamás es capaz de ofrecer al hombre nada más, nada más que la muerte.

4. "Yo he vencido al mundo".

Cristo, ¿está tal vez contra el mundo?

Cuando vence a la muerte, El manifiesta nuevamente el mundo al hombre; este mundo, que arroja a Dios del corazón del hombre, *es restituido por Cristo a Dios y al hombre como lugar de la Alianza originaria*, que debe ser tam- bién la Alianza definitiva cuando Dios sea "todo en todo" (1 Co 15, 28).

5. "En el mundo tendréis tribulación, pero ¡ánimo!"

"El mundo, teatro de la historia humana, con sus afanes, fracasos y victorias" (*Gaudium et spes*, 2).

El mundo... lugar de tantas tribulaciones del hombre está "esclavizado bajo la servidumbre del pecado" (*ib.*) y muy a menudo llama precisamente a esta esclavi- tud su libertad.

El mundo, llamado por amor a la existencia y conservado en ella por el Creador; liberado por Cristo en la cruz con el poder de su muerte y manifestado de nuevo, con su resurrección, como el Cosmos divino (cf. *ib.*).

6. ¡Hombre de nuestra época!

Hombre que vives sumergido en el mundo creyendo dominarlo, mientras eres tal vez su presa, *Cristo te libre de toda forma de esclavitud*: para lanzarte a la conquis- ta de ti mismo, al amor constructivo y encaminado al bien; amor exigente, que te convierte en constructor, no en destructor de tu futuro, de tu familia, de tu ambien- te y de la sociedad.

7. ¡Hombre de nuestra época!

Sólo Cristo Resucitado puede saciar plenamente tu insustituible aspiración a la libertad.

Después de las atrocidades de dos guerras mundiales y de todas las guerras que, en estos últimos cincuenta años, a menudo en nombre de ideologías ateas, han cau- sado víctimas y sembrado odio en tantas naciones; después de los años de las dicta- duras que han privado al hombre de sus libertades fundamentales, se han vuelto a descubrir las verdaderas dimensiones del espíritu, aquellas que la Iglesia promue- ve desde siempre, revelando en Cristo la verdadera dimensión del hombre.

También el despertar de muchas democracias lleva al diálogo y a la confianza entre los pueblos; y el mundo comprende nuevamente que el hombre no puede vivir sin Dios, sin la Verdad que, en El, lo hace libre (cf. Jn 8, 32).

8. ¡Hombre de nuestra época!

Cristo te libera del egoísmo para llamarte a la solidaridad y al compromiso ac- tivo y alegre en favor de los demás.

He estado en el Sahel africano y he visto el desierto que sumerge los poblados, seca los pozos, quema los ojos, "esqueletiza" a los niños, paraliza las jóvenes fuer- zas, produce desesperación, inedia, enfermedad y muerte.

Muerte de hambre y de sed.

¡Hombre de nuestra época! ¡Naciones ricas de la civilización opulenta!

No permanecéis indiferentes a tanta tragedia, tomad conciencia cada vez más

viva de ayudar a aquellas poblaciones que luchan cada día por sobrevivir.

Estad convencidos de que no hay libertad donde persiste la miseria.

Que sea la solidaridad humana y cristiana el desafío que provoque vuestra conciencia, a fin de que el desierto ceda el paso poco a poco a la promoción de la dignidad humana, y haga germinar el pan para devolver la sonrisa, el trabajo, la esperanza, el progreso.

Pero gracias a Dios he visto también como voluntarios a personas, asociaciones, instituciones, sacerdotes, religiosos, laicos de diversas profesiones, que se entregan y se sacrifican para el bien de los hermanos más abandonados y probados.

¡Les doy las gracias en nombre de Cristo crucificado y resucitado!

9. ¡Hombre de nuestro tiempo!

Cristo te libera porque te ama, porque se ha entregado a sí mismo por ti (cf. Ga 2, 20), porque ha vencido para ti y para todos.

Cristo ha restituido el mundo a ti y a ti a Dios.

Ha restituido a Dios a ti y al mundo.

¡Para siempre!

“Pero ¡ánimo! Yo he vencido al mundo!”.

Con esta confianza total en el amor de Cristo por el hombre, que vive, espera, sufre y ama, en todo lugar del mundo, me es grato saludar ahora a los diversos pueblos y naciones, en sus propias lenguas, deseando a todos la alegría y la paz de Cristo Resucitado.

PARA LA JORNADA MUNDIAL DE LAS MISIONES QUE SE CELEBRARA EL DOMINGO 21 DE OCTUBRE

EVANGELIZAR ES LA MISION ESPECIFICA DE LA IGLESIA

Queridísimos hermanos y hermanas:

El Domingo mundial de las misiones (Domund) tiene lugar este año en coincidencia con la Asamblea general del Sínodo de los obispos sobre el tema de la formación de los sacerdotes en el mundo actual. Es evidente para todos la importancia de este tema para toda la Iglesia y para su misión evangelizadora.

Evangelizar es la razón de ser de la Iglesia, y si ésta es su misión es-

pecífica, todos sus miembros deben tener viva conciencia de la propia responsabilidad en cuanto a la difusión del Evangelio.

DEBER MISIONERO DE LOS SACERDOTES

La misión de anunciar el Evangelio, en comunión con el Sucesor de Pedro y bajo su autoridad, corresponde en primer lugar al Colegio de los obispos, con la colaboración

eminente de los sacerdotes, los cuales “ejercitando... el oficio de Cristo, Pastor y Cabeza, congregan la familia de Dios”, al mismo tiempo que “en la porción de la grey del Señor a ellos confiada hacen visible la Iglesia universal” (cf. *Lumen gentium*, 28).

El don espiritual de la sagrada ordenación “les dispone para una misión... amplísima y universal de salvación ‘hasta los últimos confines de la tierra’, pues todo ministerio sacerdotal participa de la misma dimensión universal de la misión confiada por Cristo a los Apóstoles” (*Presbyterorum ordinis*, 10). Así, pues, todos los sacerdotes “han de estar profundamente persuadidos de que su vida ha sido consagrada también para el servicio de las misiones” (*Ad gentes*, 39): todo sacerdote es misionero por su naturaleza y vocación. Como escribí en 1979, en la primera carta con ocasión del Jueves Santo, “la vocación pastoral de los sacerdotes es grande, y el Concilio enseña que es universal: está dirigida a toda la Iglesia y, en consecuencia, es también misionera”. Asimismo, en el discurso a los miembros de la Congregación para la evangelización de los pueblos, en abril de 1989, tras recordar que “todo sacerdote es propiamente misionero para el mundo”, invité a todos los sacerdotes de la Iglesia a “ofrecerse al Espíritu Santo y al obispo para ir, como enviados, a predicar el Evangelio más allá de los confines de su país”.

En este mensaje quiero destacar otro aspecto de la misión actual que toca de cerca a las Iglesias jóvenes y a las de larga tradición: la evangelización de los no-cristianos que viven en el área de una diócesis o de una parroquia es un deber primario del respectivo pastor. Por eso, los sacerdotes se han de esforzar personal-

mente, asociando también a los fieles, por predicar el Evangelio a aquellos que no forman parte todavía de la comunidad eclesial.

Los sacerdotes, en su mayor parte, viven la dimensión misionera en una Iglesia particular, bien ocupándose de las situaciones misioneras en ella existentes, bien educando y estimulando a sus comunidades a participar en la misión universal de la Iglesia.

PASTORES DE COMUNIDADES FORMADAS PARA LA MISION Y LA CARIDAD UNIVERSAL

La educación de los futuros sacerdotes en el espíritu misionero debe ser tal que el sacerdote se sienta y actúe, allí donde se encuentre, como un párroco del mundo, al servicio de toda la Iglesia misionera. El es el animador nato y el primer responsable del despertar de la conciencia misionera de los fieles.

Una vez más el decreto *Ad gentes* (cf. n. 39) — es grato recordarlo en el vigésimo quinto aniversario de su promulgación — indica claramente a los sacerdotes lo que deben hacer para suscitar en los fieles el amor por las misiones: susciten y mantengan entre los fieles el mayor celo por la evangelización del mundo; inculquen en las familias cristianas la necesidad y el honor de cultivar las vocaciones misioneras entre los propios hijos e hijas; fomenten el fervor misionero en los jóvenes, para que surjan de entre ellos futuros mensajeros del Evangelio; enseñen a todos a rezar por las misiones y pidan también su generosa ayuda económica de dinero y medios, haciéndose casi mendicantes por la salvación de las almas.

Ciertamente, para demostrar tal corazón y llevar a cabo tan amplia actividad pastoral, se necesita una sólida formación misionera que se de-

berá impartir en primer lugar en el seminario durante los años de preparación de los futuros sacerdotes. Es importante que la misionología ocupe un espacio destacado en el programa de estudios de la teología. Los sacerdotes así preparados podrán formar a su vez a las comunidades cristianas para su auténtico empeño misionero. Y es de desear asimismo que, como miembros de un único presbiterio con su obispo, tengan oportunas reuniones de reflexión misionera, congresos, retiros y jornadas de espiritualidad de enfoque misionero.

Además de las iniciativas que los obispos han de adoptar para la formación permanente de sus sacerdotes, hay que tener bien presente que a todos los cristianos se ofrecen eficaces y experimentados cauces de animación misionera a través de la Unión misional del clero, de los religiosos y religiosas, y a través de las Obras misionales pontificias de la propagación de la fe, de san Pedro Apóstol y de la santa infancia. Cada una de estas Obras tiene un campo de acción propio para la cooperación misionera, y todas ellas trabajan para lograr que los fieles participen activamente en tal cooperación.

Vuelvo a recomendar vivamente, siguiendo a mis predecesores, la *Pontificia unión misional*, fundada por el venerable Pablo Manna, como medio de testimoniar y amar a las misiones. Confirmando pues —y el próximo Sínodo de los obispos me ofrece la oportunidad— lo que el Papa Pablo VI, de venerada memoria, escribió en la carta apostólica *Graves et crescentes* en septiembre de 1976: "Hay que considerar a la Unión misional como 'el alma' de las Obras misionales pontificias... ayudándolas para que sean a su vez escuela de formación misio-

nera, se las reconozca y ayude en sus iniciativas y finalidad".

El Domingo mundial de las misiones debe ser para todos una importante cita anual, en primer lugar para las Obras misionales, instrumento predilecto del Sucesor de Pedro y del Cuerpo episcopal para la difusión del Evangelio.

Y hago notar asimismo que este "Domund" surgió de una petición hecha por la Obra pontificia de la propagación de la fe acogida por el Papa Pío XI en 1926. En esta Obra convergen las ofrendas de los fieles que se recaudan ese día en el mundo, y del fondo de estas ofrendas las Iglesias jóvenes reciben la ayuda fundamental para sus actividades: desde la formación de los seminaristas hasta los catequistas, desde la construcción de las iglesias y seminarios hasta el pan cotidiano para los misioneros.

LA MISION DE LA IGLESIA EN PENTECOSTES ANTE EL TERCER MILENIO

Son inmensas, en realidad, las necesidades que los misioneros tienen que atender; pero eso pido a los que pueden ayudarles una aportación generosa y constante. ¿Cómo no responder con prontitud y entusiasmo a su llamada, que refleja la fuerza juvenil de la Iglesia? Entre las formas de solidaridad humana, la caridad misionera se caracteriza por una estimulante carga de esperanza: la misión es el futuro de la Iglesia.

Envío este mensaje en la solemne festividad de Pentecostés, cuando con la venida del Espíritu Santo sobre los Apóstoles la Iglesia comenzó a realizar su misión. Esta actividad evangelizadora continúa desde hace ya dos mil años entre alternas vicisitudes de éxitos y dificultades, de acogida y de

rechazo; pero el anuncio misionero se realiza siempre con el poder del Espíritu Santo que es el protagonista de la evangelización (cf. *Evangelium nuntiandi*, 75).

En las visitas pastorales a las Iglesias jóvenes, que estoy haciendo desde que comencé mi servicio de Pastor universal, he podido constatar las maravillas que la fe en Cristo y la potencia del Espíritu operan en las comunidades que han surgido con la evangelización de los misioneros, confirmada también a veces con el testimonio del martirio. También en los países africanos que visité en enero de este año me impresionó esta vitalidad de la fe cristiana, al mismo tiempo que las situaciones de su extrema pobreza. Me siento por eso en el deber de renovar una llamada a los países de la abundancia y a los organismos internacionales para que, con su generosa solidaridad, socorran a estos países y a tantas poblaciones del continente africano en sus crecientes necesidades.

La marcha misionera de la Iglesia, en los umbrales de su tercer milenio, aun en medio de las aludidas pruebas y tribulaciones, se presenta llena de esperanza. Ante el "nuevo Adviento misionero" que la Iglesia espera, es necesario confirmar y precisar las líneas fundamentales de la acción misionera

e incrementar en todos un espíritu apostólico más consciente e intenso.

Exhorto a todos a pedir con insistencia al Dueño de la mies que envíe operarios a anunciar la Buena Nueva de la salvación en Cristo. Dirijo especialmente esta invitación a los jóvenes, para que se muestren abiertos a la vocación misionera y se hagan mensajeros del Evangelio.

Mi reflexión conclusiva se hace contemplación y plegaria a María Santísima. A Ella, Reina de las misiones, me dirijo con este anhelo suplicante: María, que en las bodas de Caná solicitó y obtuvo el primer milagro de su Hijo; María, que estuvo a su lado cuando se ofrecía en la cruz por nuestra salvación; María, que, en compañía de los discípulos en el Cenáculo, esperó en concorde oración la efusión del Espíritu; María, que acompañó desde el principio a los misioneros en su heroica andadura, impulse ahora y siempre a todos sus hijos e hijas a imitarla en la solicitud y solidaridad con los misioneros de nuestro tiempo.

En nombre de esta Madre amantísima, os envío a todos, hermanos y hermanas, la confortadora bendición apostólica.

Vaticano, 3 de junio, solemnidad de Pentecostés, del año 1990, duodécimo de mi Pontificado.

A MONS. COUVE DE MURVILLE, ARZOBISPO DE
BIRMINGHAM, CON OCASION DEL CENTENARIO
DE LA MUERTE DEL CARDENAL JOHN HENRY NEWMAN

LLAMAMIENTO CONSTANTE A BUSCAR SINCERAMENTE LA VERDAD

1. Al acercarse el primer centenario de la muerte de John Henry Newman, y respondiendo a su cortés invitación, me uno con gozo a las celebraciones que marcan este acontecimiento en Inglaterra y en muchos otros países del mundo. El recuerdo de la noble vida del gran cardenal y sus numerosos escritos parecen tocar las mentes y los corazones de muchos hombres de hoy con una frescura y una eficacia que no han disminuido a pesar de haber transcurrido un siglo.

El año del centenario coincide con el inicio de un período de cambio profundo en la escena mundial. Este período comenzó con nuevas perspectivas de auténtica libertad y signos de una renovada conciencia de la necesidad de construir la vida, tanto individual como social, sobre los sólidos cimientos del indefectible respeto a la persona humana y a los inalienables derechos que le vienen de Dios. A todas las mentes especulativas, en el actual contexto histórico, la voz de Newman habla con un mensaje profético.

2. La larga vida de Newman nos lo muestra como un ardiente discípulo de la verdad. El desarrollo de su carrera confirma la sinceridad de sus objetivos, expresados con las siguientes palabras que hizo suyas: "Mi deseo ha sido el de tener la verdad como la amiga más querida, y ningún enemigo, salvo el error" (*The Via Media*, Londres 1911, vol. 1, págs. XII-XIII). En los momentos de prueba y de sufrimiento perseveró con confianza sabiendo que el tiempo estaba de parte de la verdad.

El deseo de verdad de Newman lo condujo a buscar una voz que le hablase con la autoridad del Cristo viviente. Su ejemplo constituye un llamamiento constante para todos los estudiosos y los discípulos sinceros de la verdad. El los impulsa a seguir planteándose las preguntas más profundas y más importantes acerca del significado de la vida y de toda la historia humana; a no contentarse con una respuesta parcial al gran misterio que es el hombre: a tener horadez intelectual y valor moral para aceptar la luz de la verdad, cualesquiera que sean los sacrificios personales que eso implique. Sobre todo, Newman es un magnífico guía para cuantos caen en la cuenta de que la clave, el punto focal y el objetivo de toda la historia humana se encuentran en Cristo (cf. *Gaudium et spes*, 10) y, en unión con El, en aquella comunidad de fe, esperanza y caridad que es su santa Iglesia, a través de la cual El comunica a todos la verdad y la gracia (cf. *Lumen gentium*, 8).

3. La enseñanza de John Henry Newman sobre la importancia de la conciencia como medio para alcanzar la verdad está estrechamente ligada a ese llamamiento. Su doctrina sobre la conciencia, así como su enseñanza en general, es sutil y completa, y no debe simplificarse excesivamente en su presentación. El parte de la afirmación fundamental según la cual la conciencia no es simplemente un sentido de propiedad, respeto de sí o buen gusto, que se forma con la cultura general, la educa-

ción y las costumbres sociales. Es, más bien, el eco de la voz de Dios dentro del corazón del hombre, el toque de la ley divina que llama dentro de cada persona como un modelo de lo que está bien o está mal, con una autoridad indiscutible.

La luz interior de la conciencia pone a una persona en contacto con la realidad de un Dios personal. En uno de sus libros él escribió: "Mi naturaleza escucha la voz de la conciencia como a una persona. Cuando la obedezco, me siento satisfecho; cuando la desobedezco, experimento aflicción —precisamente como lo que siento cuando agrado o desagrado a algún amigo querido—. Un eco implica una voz; una voz implica que alguien habla. Y es esa persona que habla a quien yo amo y venero" (*Callista*, Londres 1910, págs. 314-315).

Además, según Newman, la obediencia religiosa a esta voz interior capacita a una persona para acoger una revelación divina, la conduce de claridad en claridad, y la lleva a la obediencia al Evangelio que, en vez de ser algo diferente, no es más que el completamiento y la perfección de aquella religión que enseña la conciencia natural" (*Parochial and plain sermons*, Londres 1908, vol. VIII, pág. 202).

4. Uno de los méritos imperecederos del cardenal Newman es su batalla para esclarecer y sostener el principio vital según el cual la religión revelada, con su contenido de doctrina y de moral, es la depositaria de verdades objetivas que pueden conocerse con certeza y aceptarse con gozo y facilidad (cf. *Dei Verbum*, 5). Pocas personas han sostenido todos los derechos de la conciencia, como hizo él: pocos escritores han defendido de forma tan persuasiva la causa de su autoridad y libertad, y a pesar de ello él nunca permitió que la más pequeña huella de subjetividad o relativismo manchase su enseñanza.

Por esta razón enseñaba que, a pesar de que la conciencia existe en el corazón humano antes de que este reciba cualquier formación, es deber de un cristiano formarla y educarla con la guía de una autoridad para conducirla a su maduración y perfección. Abandonada a sí misma y descuidada, puede convertirse en una falsificación del sagrado poder que ella constituye, y transformarse en una especie de confianza en sí y de deferencia hacia el propio juicio subjetivo y personal. Las palabras de Newman son inequívocas y perennemente válidas: "La conciencia tiene sus derechos porque tiene sus deberes" (*Difficulties felt by Anglicans*, Londres 1910, vol. II, pág. 250).

5. Siguiendo la luz de su conciencia, Newman recorrió un itinerario de fe que describe con fuerza y claridad en sus obras. Tras haber pasado la primera mitad de su vida en un generoso servicio a la Iglesia de Inglaterra, a la que amaba profundamente, gastó la segunda mitad al servicio de la Iglesia católica, manifestando una igual sinceridad y una firme lealtad. Los pensamientos y las convicciones que estuvieron en la base de su conversión encontraron sus raíces e inspiración en los escritos de los Padres de la Iglesia, que son patrimonio común de todos los cristianos. Con frecuencia he subrayado que es preciso que los cristianos descubran de nuevo juntos su común herencia de fe, si queremos que los seguidores de Cristo vuelvan a aquella unidad por la que El oraba. Este es un proceso que puede impulsarse notablemente mirando con atención la obra de Newman.

Característica suya fue la de ser firmemente fiel a la verdad una vez descubierta, siempre dispuesto a desarrollar y a profundizar su comprensión del depósito de la fe. Además, se puede añadir que combinaba la fidelidad a la verdad con una actitud de respeto o receptividad con respecto a las ideas y al testimonio de aquellos con quienes no estaban de acuerdo. Por tanto, con su persona y con su trabajo el

cardenal Newman ilumina el camino ecuménico que hemos emprendido por obediencia a la voluntad de Cristo (cf. *Jn* 17, 21). Su vida y su testimonio nos proporcionan hoy un recurso vital para comprender y hacer progresar el movimiento ecuménico, que se ha desarrollado tanto desde su muerte.

6. Abrigo la ferviente esperanza de que este centenario despierte, en las mentes de tantas personas que anhelan la verdad y la auténtica libertad, *una renovada conciencia de las lecciones que se pueden sacar de la vida y de los escritos de este eminente sacerdote y cardenal inglés*. Un hombre de tan coherente lealtad y sinceridad no puede menos de inspirar y de atraer a muchos otros hacia el ideal que él fielmente servía. No todos estaban de acuerdo con las graves decisiones que tomó o con los principios religiosos que defendía, pero todos absolutamente han dado testimonio del influjo espiritual que su ejemplo ejercía sobre los demás. Algunos lo llamaban a ser su guía en el camino de la santidad; otros quedaban asombrados por la fuerza silenciosa de su manera de actuar humilde y reservada; y otros encontraron consuelo y paz en su sencilla exposición de la verdad; mientras que todos quedaban impresionados por su vida de constante oración y estudio, y por su familiaridad en la fe con las "cosas de arriba" (*Col* 3, 1).

Desde entonces hasta nuestros días, Newman sigue siendo para muchos un punto de referencia en un mundo inquieto. Lo miran como a un hombre de gran talento natural, que puso totalmente al servicio de Dios y de la Iglesia. Su vida ejemplar, exenta de hipocresía y de ambición, impregnada de devota comunión con el Invisible, aun permaneciendo abierta a los problemas de su tiempo en la Iglesia y en la sociedad, sigue inspirando, elevando e iluminando.

Ojalá que las celebraciones del centenario se traduzcan en gracia abundante y en vigor espiritual para la Iglesia que está en Inglaterra, para su archidiócesis y para los miembros de la congregación inglesa del Oratorio de San Felipe Neri, fundada por John Henry Newman.

En fin, aprovecho la ocasión para enviar mis saludos y mi bendición apostólica a todos los amigos del cardenal Newman.

Vaticano, 18 de junio de 1990.

Discursos

AL CUERPO DIPLOMATICO
ACREDITADO
EN EL VATICANO

RENACE ANTE
NUESTROS OJOS UNA
"EUROPA DEL ESPIRITU"

Excelencias, señoras, señores:

1. A todos vosotros, a los pueblos y a los gobiernos a los que representáis, así como a vuestras familias, os presento *mis más cordiales deseos* de felicidad y de prosperidad para el año que acaba de comenzar. Estas intenciones se convierten en oración, pidiendo a Aquel que "se hizo carne" y "puso su Morada entre nosotros" (cf. *Jn* 1, 14), que os bendiga y que haga fructificar vuestro trabajo al servicio de la comprensión entre los hombres, reconfortando a quienes, entre vosotros, sienten angustia o atraviesan un momento de prueba.

SATISFACCION POR POLONIA

2. Quisiera repetir de nuevo a los diplomáticos recientemente acreditados ante la Santa Sede mi alegría al acogerlos, así como cuánto esperamos de su colaboración, tanto mis colaboradores como yo mismo.

Igualmente, hago notar con satisfacción la presencia entre vosotros del *embajador de Polonia*, país que, tras un largo paréntesis, ha reanudado sus relaciones diplomáticas con la Santa Sede.

3. Finalmente, quiero agradecer cordialmente a vuestro decano, el embajador de Costa de Marfil, quien, con su habitual delicadeza, se ha hecho intérprete de vuestros pensamientos y deseos. Junto a los acontecimientos positivos, frecuentemente inesperados, que han marcado la actualidad internacional del año pasado, Usted, señor embajador, ha mencionado los esfuerzos de la comunidad internacional por remediar la crisis y las situaciones de injusticia sufridas todavía hoy por demasiados pueblos, con frecuencia los más desfavorecidos. Os agradezco el sincero aprecio que acabáis de manifestar hacia la actividad de la Iglesia Católica y de esta Sede apostólica, quienes, mediante la difusión del mensaje evangélico, se esfuerzan por contribuir de forma específica a la causa de la justicia y a la búsqueda de la paz.

LA IGLESIA Y LA UNION DE LA FAMILIA HUMANA

4. Señoras y señores, vuestra presencia manifiesta de forma clara que, para los pueblos a los que pertenecéis y para sus dirigentes, la Igle-

sia y la Santa Sede no son ajenas a sus realizaciones y a sus esperanzas, y menos todavía a los problemas y a las adversidades que jalonan su camino. Vosotros conocéis, y sois testigos directos, que la presencia de la Iglesia en el mundo y la acción diplomática de la Santa Sede en particular quisieran *contribuir a fortalecer y a completar la unión de la familia humana*. Recordad lo que a este propósito declara la Constitución pastoral *Gaudium et spes* del Concilio Vaticano II: "Como, en virtud de su misión y naturaleza, la Iglesia no está ligada a ninguna forma particular de cultura humana o sistema político, económico o social, puede ser por esta universalidad peculiar el lazo que estreche íntimamente a las diversas comunidades y naciones, siempre que ellas confíen en la Iglesia y reconozcan realmente su auténtica libertad para cumplir esta misión que le es propia" (n. 42).

GRANDES TRANSFORMACIONES EN MUCHOS PAISES

5. En razón de esta solicitud e interés por el bienestar espiritual y material de todos los hombres, la Santa Sede ha acogido con satisfacción *las grandes transformaciones que, en especial en Europa, han marcado recientemente la vida de diversos pueblos*.

La irreprimible sed de libertad allí manifestada ha acelerado los cambios, haciendo caer los muros y abrirse las puertas a una velocidad de verdadero vértigo. Además, como sin duda ya lo habréis advertido, el punto de partida o el de encuentro con frecuencia ha sido una Iglesia. Poco a poco las velas se han encendido hasta formar un verdadero camino de luz, como diciendo a quienes durante esos años han pretendido limitar los horizontes del

hombre a esta tierra, que éste no puede permanecer indefinidamente encadenado. Ante nuestros ojos parece renacer una "Europa del espíritu", al filo de los valores y de los símbolos que la han labrado, de "esta tradición cristiana que une a todos sus pueblos" (Alocución al Congreso para el V centenario del nacimiento de Martín Lutero, 24 de marzo de 1984).

Aun constatando esta feliz evolución que ha llevado a tantos pueblos al reencuentro de su identidad y de su igual dignidad, no hay que olvidar que nada está definitivamente conseguido. Las secuelas de la segunda guerra mundial, puestas en marcha hace cincuenta años, incitan a la vigilancia. Las seculares rivalidades siempre pueden reaparecer, los conflictos entre las minorías étnicas pueden inflamarse de nuevo y los nacionalismos exacerbarse. Por todo ello, es necesario que una Europa, concebida como una "comunidad de naciones" se afirme sobre la base de los principios tan oportunamente adoptados en Helsinki en 1975 por la Conferencia sobre la Seguridad y la Cooperación en Europa.

CONFIANZA ENTRE LOS PUEBLOS

6. Esta Conferencia terminó por imponer la convicción fundamental de que la paz del continente depende no sólo de la seguridad militar, sino también —y puede ser que sobre todo— *de la confianza que cada ciudadano debe poder tener en su propio país y de la confianza entre los pueblos*. El año 1989 comenzó con la adopción en Viena, el 19 de enero, del Documento final de la tercera reunión consecutiva de esta misma Conferencia. Los treinta y cinco países participantes adoptaron un texto importante que, por sus compromisos concre-

tos y por el equilibrio establecido entre los aspectos militares, humanitarios y económicos de la seguridad, ha puesto de relieve que la estabilidad de la comunidad de las naciones europeas descansa ante todo sobre los valores compartidos y sobre un código de conducta exigente. Este código no permite a los dirigentes de un país convertirse en directores del pensamiento de sus conciudadanos, o a las naciones más fuertes imponerse a las más vulnerables, despreciando su dignidad.

LAS LIBERTADES FUNDAMENTALES

7. Varsovia, Moscú, Budapest, Berlín, Praga, Sofía y Bucarest, por no citar nada más que las capitales, se han convertido en las etapas de una *larga peregrinación hacia la libertad*. Debemos rendir un homenaje a los pueblos que, al precio de inmensos sacrificios, han tenido la valentía de emprenderla y también a los responsables políticos que la han favorecido. Lo más admirable en los acontecimientos que hemos contemplado es que pueblos enteros han tomado la palabra; mujeres, jóvenes y hombres han vencido el miedo. La persona humana ha manifestado los inagotables recursos de dignidad, de valentía y de libertad que posee. En países en los que durante tantos años un partido ha dicho cuál era la verdad que se debía creer y el sentido que debía darse a la historia, estos hermanos han mostrado que no es posible asfixiar las libertades fundamentales que dan sentido a la vida del hombre: la libertad de pensamiento, de conciencia, de religión, de expresión y de pluralismo político y cultural.

VALORES IRREEMPLAZABLES

8. Es necesario que estas aspiraciones, manifestadas por los pueblos, sean satisfechas por el *Estado de derecho en cada nación europea*. La neutralidad ideológica, la dignidad de la persona humana como fuente de los derechos, la preferencia de la persona en relación a la sociedad, el respeto de las normas jurídicas democráticamente aceptadas y el pluralismo en la organización de la sociedad, representan los valores irreemplazables sin los que no se puede construir establemente una casa común en el Este y en el Oeste, accesible a todos y abierta al mundo. No puede existir una sociedad digna del hombre sin el respeto de los valores trascendentes y permanentes. Cuando el hombre se convierte en la medida única de todo, sin referencia a Aquel de quien todo viene y hacia el que todo camina, rápidamente se convierte en esclavo de su propia finitud. El creyente sabe por propia experiencia que el hombre es verdaderamente tal cuando recibe y acepta el plan de salvación de Dios: "Reunir en uno a los hijos de Dios que estaban dispersos" (Jn 11, 52).

CONSTRUCCION DE UNA CASA COMUN EUROPEA

9. Para los *Europeos del Oeste*, que tienen la ventaja de haber vivido largos años de libertad y de prosperidad, ha llegado la hora de ayudar a sus hermanos del Centro y del Este para que ocupen plenamente el lugar que les corresponde en la Europa de hoy y de mañana. En efecto, el momento es oportuno para recoger las piedras de los muros derrumbados y construir juntos la casa común. Desgraciadamente, con demasiada frecuencia, las democracias occidentales no han sabido hacer uso de la

libertad conquistada al precio de duros sacrificios. No se puede sino lamentar la deliberada ausencia de toda referencia moral y trascendente en la gestión de las denominadas sociedades "desarrolladas". Junto a generosos gestos de solidaridad, de un éxito real en la promoción de la justicia y una preocupación constante por el respeto efectivo de los derechos del hombre, es preciso constatar la presencia y la difusión de contravalores como el egoísmo, el hedonismo, el racismo y el materialismo práctico. Sería una pena que quienes acaban de alcanzar la libertad y la democracia se vieran decepcionados por los que, en cierta medida, son sus "veteranos". Todos los europeos están llamados providencialmente a reencontrar las raíces espirituales que hicieron Europa. Sobre este tema quisiera repetir ante este cualificado auditorio lo que tuve la ocasión de decir en Estrasburgo a los parlamentarios del Consejo de Europa, en octubre de 1988: "Si Europa quiere ser fiel a sí misma, tiene que saber reunir todas las fuerzas vivas de este continente, respetando el carácter original de cada región, pero reencontrando en sus raíces un espíritu común... Expresando el deseo ardiente de ver intensificada la cooperación, ya bosquejada, con las otras naciones, particularmente del Centro y del Este, tengo la impresión de asociarme al deseo de millones de hombres y de mujeres que se saben ligados en una historia común y que esperan un destino de unidad y de solidaridad a la medida de este continente" (Discurso ante la Asamblea parlamentaria del Consejo de Europa, en Estrasburgo, el 8 de octubre de 1988, *L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 6 de noviembre de 1988, pág. 8). He aquí, señoras y señores, no sólo lo que esperan los europeos, sino también

lo que el mundo entero aguarda de un continente que tanto ha aportado a los demás.

BUSQUEDA DE LA PAZ Y DEL DIALOGO

10. Por todo ello, veo con confianza los esfuerzos emprendidos por los responsables de los Estados Unidos de América y la Unión de Repúblicas Socialistas Soviéticas, preocupados por el diálogo y la paz. Mis contactos con ellos me han permitido constatar su voluntad de que la cooperación internacional repose sobre bases más seguras, haciendo que cada país sea considerado más como un compañero que como un competidor.

Esto será así si todos los miembros de la comunidad de naciones, en especial los que tienen mayor peso y responsabilidad en la salvaguarda de la paz, se empeñan en respetar escrupulosamente los principios del derecho internacional, que tanto ha contribuido a la consolidación de una armoniosa colaboración entre los Estados.

El nuevo clima que progresivamente se ha instalado en Europa ha favorecido sustanciales progresos en las negociaciones para el desarme nuclear, químico y convencional. El año 1989 bien podría representar el declive de lo que se ha venido llamando "la guerra fría", de la división de Europa y del mundo en dos campos ideológicamente opuestos de la incontrolada carrera de armamentos y del apriamiento del mundo comunista en una sociedad cerrada. ¡Demos gracias a Dios, que ha querido inspirar a los hombres estos "pensamientos de paz" que Cristo, al venir a nosotros en la noche de Navidad, depositó en cada uno como una herencia y un fermento, capaces de cambiar el mundo!

NUEVA ATMOSFERA EN EL CONTINENTE AFRICANO

11. Esta nueva atmósfera también se ha extendido, felizmente, más allá de Europa. Procesos de pacificación han avanzado, en particular gracias a la clarividente acción de la Organización de las Naciones Unidas, a la que me satisface rendir homenaje en este momento.

Se han celebrado elecciones libres en Namibia, que pronto deberá acceder a su independencia, tan esperada por la población.

Las negociaciones en Angola y en Mozambique merecen ser animadas, a fin que la buena voluntad de todos permita superar los actuales obstáculos que retrasan su logro; así se pondrá término a las crueles pruebas de sus poblaciones, ya materialmente poco favorecidas, que de este modo podrán convertirse en los artífices de su propio desarrollo.

Las reformas políticas y constitucionales hacia las que parece encaminarse la República Sudafricana deberían traducirse mejor en la práctica, favoreciendo el clima de confianza y de diálogo, cuya urgente necesidad es sentida por todos.

También Burundi parece encaminarse hacia la vía que permita superar definitivamente los conflictos étnicos que hasta ahora padece.

Igualmente sobre el continente africano, es necesario que tomemos nota del nacimiento de la Unión del Magreb Árabe, punto de partida de una necesaria cooperación regional que debería favorecer no sólo los intercambios económicos, sino también el arreglo pacífico de los problemas pendientes y, finalmente, las relaciones favorables con la Comunidad Económica Europea.

Finalmente, bien lejos de aquí, en América del Sur, la celebración

de elecciones democráticas, hace bien poco en Chile y en Brasil, constituye una etapa importante en la marcha de las naciones de esta región hacia una mayor libertad y democracia, una etapa que otros países todavía esperan.

PREOCUPACION POR EL LIBANO

12. Sin embargo, lo mismo que a la misma hora en la que el alba se eleva sobre unas partes de la tierra, otras todavía permanecen en la sombra del crepúsculo, igual sucede en la escena internacional: aunque se constaten progresos aquí o allá, numerosos países permanecen prisioneros en incertidumbre y en la prueba.

Mi pensamiento se dirige en primer lugar hacia el Oriente Próximo, víctima permanente de la injusticia y de la violencia. El porvenir del Líbano, a pesar de los numerosos esfuerzos emprendidos, sigue siendo precario. Es urgente que los libaneses puedan decidir soberanamente su futuro, en la fidelidad a los valores de la civilización que han labrado la cautivadora fisonomía de este país.

Al lado de la tierra libanesa, las poblaciones de Cisjordania y Gaza permanecen sometidas a sufrimientos difícilmente admisibles. ¿Cómo no repetir una vez más que sólo la negociación podrá garantizar a las partes enfrentadas el respeto de sus legítimas aspiraciones, la paz inmediata y la seguridad futura?

En el Golfo, terminada la guerra entre Iraq e Irán, quedan por resolver, entre otros, los problemas de la repatriación de los prisioneros de guerra, problema humano por excelencia. Cuando acaban de concluir las fiestas de fin de año, tiempo de gozosos encuentros familiares, no deberíamos olvidar la suerte reservada a estas personas, jóvenes en su

mayoría, todavía retenidos lejos de los suyos, sin un motivo que lo justifique.

Más hacia el Este, un problema parecido lo forman los refugiados afganos, que esperan poder regresar a su tierra. La comunidad internacional no puede desinteresarse de su situación, ni tampoco de la de las poblaciones de Afganistán que diariamente experimentan los efectos devastadores de un conflicto sangriento. También allí, desde hace bastante tiempo las partes interesadas multiplican sus esfuerzos para que, dentro del respeto a las legítimas aspiraciones de todos, cesen las endémicas hostilidades y los sufrimientos impuestos a civiles inocentes.

SITUACIONES DOLOROSAS EN ASIA

13. Una rápida mirada dirigida a la inmensa *Asia Oriental* presenta ante nuestros ojos grandes pueblos, nobles tradiciones culturales y religiosas, que deberían poder contribuir al armonioso progreso de la vida internacional. Junto a positivas señales, portadoras de esperanza, subsisten situaciones dolorosas.

Pienso en *Camboya*, donde, a pesar de un primer intento de negociación, todavía se espera una transición pacífica hacia un futuro que a todos inspire confianza. Deseamos que una efectiva cooperación internacional impida la vuelta a las terribles pruebas ya vividas por todo este pueblo.

El *Sri Lanka* desgraciadamente continúa siendo sacudido por todo tipo de hostilidades. Estas han provocado, prácticamente a lo largo de todo el año pasado, numerosas víctimas y comprometen de forma peligrosa la cohesión de una nación de por sí tan pacífica.

También debemos mencionar al *Vietnam*. Quisiera alentar los discretos signos de apertura manifestados últimamente, incluidos los referidos a la libertad religiosa. La Iglesia y la Santa Sede permanecen disponibles para todo diálogo susceptible de mejorar la situación en este campo. La comunidad internacional, por su parte, debería estimular al valiente pueblo vietnamita, ayudándole cada vez más para que ocupe el lugar que le corresponde en el concierto de las naciones. Igualmente, la grave cuestión de los refugiados de este país no se resolverá si no es por esta misma solidaridad internacional.

Finalmente, no podría abandonar esta región sin mencionar a la *nación china*. Los graves acontecimientos del mes de junio de 1989 me impresionaron profundamente desde el principio y, haciéndome un poco el portavoz de todos los que permanecen atentos a la suerte de la humanidad, no he dejado de expresar mediante mis sentimientos de aflicción, el sincero deseo de que tantos sufrimientos no sean estériles sino que más bien sirvan para renovar la vida nacional de este noble país. En el umbral del año nuevo, no puedo sino formular una vez más estos votos, convencido de que los problemas de la paz presentan hoy tales dimensiones, que conciernen a todos los hombres y mujeres de buena voluntad. En efecto, todos los pueblos del mundo están llamados a construir la paz mediante el respeto de la verdad, de la justicia y la libertad.

VIOLENCIA EN AMERICA CENTRAL

14. En *América Central*, las perspectivas de una vuelta al proceso de paz bajo los auspicios de la Organización de las Naciones Unidas, que tantas esperanzas había suscitado,

en cierta medida han quedado diluidas. Recientemente *El Salvador* ha sido escenario de violentas luchas, que sobre todo han afectado a la población civil. Nos acordamos de forma particular del bárbaro asesinato de seis religiosos de la Compañía de Jesús. Pretender resolver los problemas sociales mediante la violencia no es nada más que una ilusión suicida. Por ello acogí con alivio la celebración de la reciente cumbre de los Presidentes de los países de América Central, en San José de Costa Rica, durante el último mes. Oportunamente declararon su profunda convicción de que "es indispensable suscitar en la conciencia de los pueblos la necesidad de rechazar el uso de la fuerza y del terror para la obtención de fines y de objetivos políticos" (Declaración de San Isidro de Coronado, 12 de diciembre de 1989).

La plaga de la violencia y del terrorismo, agravada por el infame comercio de la droga, que a menudo es la causa, ha hecho estragos en *Perú* y en *Colombia*, hasta el punto de hacer peligrar el equilibrio social de estos países. En este clima de anarquía, tenemos que deplorar el vil asesinato de un obispo, el pastor de la diócesis colombiana de Arauca, monseñor Jesús Jaramillo Monsalve.

Ultimamente se ha añadido a estas preocupaciones la crisis de *Panamá*. Allí también ha sido la población civil la que más ha sufrido. Es de desear que, sin tardanzas, el pueblo panameño pueda reencontrar una vida normal, con la dignidad y la libertad a las que todo pueblo soberano tiene derecho.

DRAMATICOS SUFRIMIENTOS EN AFRICA

15. Para finalizar este recorrido conviene hacer un alto en el continen-

te africano, donde dos pueblos en especial sufren desde hace años una trágica suerte. En efecto, *Sudán* ha visto añadirse a las calamidades naturales las todavía más nefastas de la guerra desatada en la parte meridional del país. La devastación de ciudades y el éxodo de sus habitantes han provocado lamentables angustias, como la de los numerosos refugiados. Es evidente la urgencia de la ayuda internacional, la cual no podrá ser efectiva sin el cumplimiento de la tregua armada, a la espera de la reanudación de las conversaciones de paz, que habían abierto tantas esperanzas. Al silencio de las armas se deberá añadir el efectivo respeto de los derechos fundamentales de todos los componentes de la sociedad sudanesa, en especial de las minorías, con su participación en la gestión del poder, en la producción y en el uso de los recursos naturales; todo ello deberá hacerse con toda libertad y sin ninguna discriminación de raza o de religión.

No menos preocupante aparece la situación de las poblaciones de *Etiopía*, a las que por otro lado la Iglesia católica no ha cesado de ayudar mediante sus organizaciones caritativas, que se han unido a las iniciativas de los obispos del lugar y a los esfuerzos de los gobiernos y de los organismos no gubernamentales. Aquí también, los dramáticos efectos de la sequía, las enfermedades y el hambre han hecho todavía más devastadoras las consecuencias de los conflictos internos. Deseamos que pronto se pueda reemprender el envío de ayudas a los habitantes del Tigré si es que se quiere evitar durante los próximos meses una tragedia de proporciones gigantescas. Por otro lado, las negociaciones en marcha con Eritrea y Tigré deberán contribuir a que prevalezca la convicción de que este conflicto no puede en-

contrar una salida militar. A ello hemos de añadir que toda solución deberá tener en cuenta las legítimas aspiraciones del querido pueblo eritreo, que tanto ha sufrido ya.

LOS CRISTIANOS EN PAISES DE MAYORIA MUSULMANA

16. Excelencias, señoras y señores, este es el contexto, con sus luces y con sus sombras, sobre el que la Iglesia católica ha recibido la llamada de su Señor para llevar el testimonio de la fe, de la esperanza y de la caridad. Dicho testimonio se hace visible en la buena voluntad de sus fieles más humildes, en la incansable dedicación de sus obispos y sacerdotes y en el compromiso incondicional de sus religiosos y religiosas. Hace poco tiempo, al peregrinar por el Extremo Oriente y por la Isla de Mauricio, yo mismo he podido constatar los abundantes frutos producidos por el trabajo y la perseverancia apostólica de tantos obreros del Evangelio de ayer y de hoy. ¡Demos gracias a Dios!

Deseo ardientemente que, en medio de este clima de libertad que parece extenderse un poco por todas partes, los creyentes puedan no sólo practicar su fe —lo que determinados países y ciertas religiones mayoritarias no siempre permiten—, sino también participar activamente y con pleno derecho en el progreso político, social y cultural de las naciones a las que pertenecen.

En efecto, la increencia y la secularización presentan desafíos que deben ser recogidos por todos los creyentes, llamados a testimoniar juntos la primacía de Dios sobre todas las cosas. Por ello, además de la libertad religiosa que el Estado debe garantizarles, es esencial que se dé un mejor conocimiento y una mayor

colaboración entre las religiones. A este propósito, yo mismo he podido constatar recientemente los beneficios efectos de este entendimiento inter-confesional en Indonesia, donde los principios del "Pancasila" permiten al Islam y a las demás religiones practicadas por los habitantes de ese país encontrarse en un armonioso diálogo, del que se beneficia toda la sociedad. Sin embargo, no siempre es así. No puedo silenciar la preocupante situación en la que se encuentran los cristianos en algunos países donde la religión islámica es mayoritaria. Las noticias sobre su desamparo espiritual me llegan constantemente: privados en muchas ocasiones de lugares de culto, objeto de continua sospecha, imposibilitados para organizar una educación religiosa conforme a su fe o incluso actividades caritativas, tienen la dolorosa sensación de ser ciudadanos de segundo orden. Estoy convencido de que las grandes tradiciones del Islam, como la acogida al extranjero, la fidelidad en la amistad, la paciencia ante la adversidad y la importancia dada a la fe en Dios, representan otros tantos principios que deberían permitir la superación de inadmisibles actitudes sectarias. Espero vivamente que, del mismo modo que los fieles musulmanes encuentran hoy en los países de tradición cristiana las facilidades esenciales para satisfacer las exigencias de su religión, también los cristianos puedan beneficiarse de un trato similar en todos los países de tradición islámica. La libertad religiosa no debe limitarse a una simple tolerancia. Se trata de una realidad civil y social, acompañada de derechos específicos que permitan a los creyentes y a las comunidades *testimoniar sin temor su fe en Dios*, viviendo todas sus exigencias.

LA ORACION Y LA CARIDAD DE LA IGLESIA

17. Nunca la contribución de los creyentes ha sido tan útil como hoy, en un mundo en el que tantos buscan dar un sentido a la existencia y a la Historia. Estoy convencido que, de forma especial, *el testimonio de la oración, de la vida comunitaria en Iglesia y de la caridad efectiva es tan necesario para el desarrollo del mundo como el progreso técnico o la prosperidad material*. Es esto lo que quise decir en el mensaje enviado al Encuentro ecuménico europeo de Basilea, celebrado en mayo último: "Los pactos y las negociaciones políticas son medios necesarios para llegar a la paz; y es grande nuestro reconocimiento hacia quienes se consagran a ello con convicción, perseverancia y generosidad. Pero, para que sean duraderos y fructuosos, tienen necesidad de un alma. Para nosotros, una inspiración cristiana es la que puede proporcionársela por medio de una referencia intrínseca a Dios, Creador, Salvador y Santificador, y a la dignidad de todo hombre y de toda mujer creados a su imagen" (*L'Osservatore Romano*, edición en lengua española, 25 de junio de 1989, pág. 6).

¡Es cierto que, por todas partes, la fuerza del Espíritu otorga a esta humanidad un renovado brío espiritual que la acerca a su Creador! En nuestra época, en la que la rentabilidad

cuenta tanto, cuando se invoca con tanta fuerza la libertad, ¡que nunca falten los signos de la trascendencia, la atención a los más débiles y el respeto a las aspiraciones de los demás!

HACIA EL FINAL DEL SEGUNDO MILENIO

18. 1990 abre el decenio que nos llevará al final del segundo milenio de la era cristiana. *Hagamos de este período un "adviento" para cada hombre, para cada pueblo, para nuestra tierra*. Preparemos los caminos de Dios, que no cesa de venir a nosotros, como en la Nochebuena, para enriquecernos con su vida y con su presencia. Siempre queda en el corazón del hombre un espacio que sólo El puede llenar. ¡Ojalá podamos, cada uno en nuestro respectivo puesto, mediante el cumplimiento de las tareas que providencialmente se nos han confiado, ayudar a los hombres de hoy a descubrir cada vez mejor, con confianza y admiración, que Dios es su máximo bien!

¡Estos son mis deseos para vosotros, señoras y señores, para vuestros conciudadanos, y para toda la familia humana! Con todo el corazón, los pongo en las manos de "Aquel que tiene el poder de realizar las cosas incomparablemente mejor de lo que podemos pedir o pensar" (*Ef* 3, 20). ¡Que su bendición esté con todos vosotros!

A LOS OFICIALES Y ABOGADOS DEL TRIBUNAL DE LA ROTA ROMANA

LA JUSTICIA Y EL DERECHO SON NECESARIOS EN LA IGLESIA PARA EL BIEN DE LAS ALMAS

1. La solemne inauguración del año judicial de la Rota Romana me ofrece una nueva y grata oportunidad de expresar mi más cordial aprecio y aliento por la actividad que realizáis, queridos hermanos, como jueces o en otras funciones vinculadas con la labor de la justicia de este Tribunal Apostólico. Al saludaros con afecto, deseo haceros partícipes de mi solicitud de Pastor de la Iglesia universal hacia la actividad jurisdiccional de los tribunales eclesiásticos, ya que tengo muy presentes los esfuerzos de cuantos se dedican *ex professo* a este servicio al pueblo de Dios.

ECLESIOLOGIA DE COMUNION

Tomando pie de las claras palabras de monseñor decano sobre la función del juez en la Iglesia, me parece oportuno profundizar un tema que, después del Concilio Vaticano II, ha estado en el centro de la obra legislativa, de la jurisprudencia y de la doctrina canónica. Se trata de la *dimensión pastoral del derecho canónico* o, en otros términos, de las *relaciones entre pastoral y derecho en la Iglesia*.

2. El espíritu pastoral, sobre el que el Concilio Vaticano II ha insistido mucho en el contexto de la eclesiología de comunión expuesta sobre todo en la Constitución dogmática *Lumen gentium*, caracteriza todo aspecto del ser y del actuar de la Iglesia. El mismo Concilio, en el Decreto sobre la formación sacerdotal, ha establecido expresamente que, en la exposición del derecho canónico, se dirija la atención al misterio de la Iglesia, según la Constitución dogmática *De Ecclesia* (cf. Decreto *Optatam totius*, n. 16); esto vale *a fortiori* para su formulación, así como también para su interpretación y aplicación. La *pastoralidad de este derecho*, es decir, su funcionalidad respecto a la misión salvífica de los sagrados pastores y de todo el pueblo de Dios, encuentra así su sólida fundamentación en la *eclesiología conciliar*, según la cual los aspectos visibles de la Iglesia están inseparablemente unidos a los espirituales, formando una sola y compleja realidad, comparable al misterio del Verbo encarnado (cf. Constitución dogmática *Lumen gentium*, n. 8). Por otra parte, el Concilio no dejó de sacar muchas *consecuencias operativas* de este carácter pastoral del derecho canónico, estableciendo medidas concretas y encaminadas a hacer que las leyes y las instituciones canónicas sean cada vez más adecuadas al bien de las almas (cf., por ejemplo, el Decreto *Christus Dominus*, passim).

DIMENSION PASTORAL

3. En esta perspectiva es oportuno detenerse a reflexionar sobre un *equivoco*,

tal vez comprensible pero no por esto menos dañoso, que por desgracia condiciona con frecuencia la visión de la pastoralidad del derecho eclesial. Tal distorsión consiste en atribuir alcance e intenciones pastorales únicamente a aquellos aspectos de moderación y de humanidad que se pueden relacionar inmediatamente con la *aequitas canonica*; es decir, consiste en sostener que sólo las excepciones a las leyes, el evitar el recurso a los procesos y a las sanciones canónicas, y el reducir las formalidades jurídicas, tienen de verdad importancia pastoral. Se olvida así que *también la justicia y el estricto derecho* —y, por consiguiente, las normas generales, los procesos, las sanciones y las demás manifestaciones típicas de la juridicidad, siempre que resulten necesarias— son exigidas en la Iglesia para el bien de las almas y son, *por lo tanto, realidades intrínsecamente pastorales*.

No es casualidad el hecho de que en aquella especie de decálogo de principios, aprobados por la primera asamblea del Sínodo de los Obispos el año 1967 y sucesivamente hechos propios por el Legislador, para que guiasen los trabajos de redacción del nuevo Código (cf. *Principia quae Codicis Iuris Canonici recognitionem dirigant*, en *Communicationes*, 1, 1969, págs. 79-80), el tercer principio comenzaba con estas sugestivas afirmaciones: "La naturaleza sagrada y orgánicamente estructurada de la comunidad eclesial hace evidente que la índole jurídica de la Iglesia y todas sus instituciones están ordenadas a promover la vida sobrenatural. Por eso el ordenamiento jurídico de la Iglesia, las leyes y los preceptos, los derechos y los deberes que de ellos se derivan, deben concurrir al fin sobrenatural" (cf. *ib.* págs. 79-80). Recogiendo ese principio, mi venerado predecesor Pablo VI, a lo largo de su amplio y profundo magisterio sobre el significado y el valor del derecho en la Iglesia, expresó así el nexo entre vida y derecho en el Cuerpo místico de Cristo: "La vida eclesial no puede existir sin el orden jurídico, puesto que, como bien sabéis, la Iglesia —sociedad instituida por Cristo, espiritual pero visible, que se edifica por medio de la Palabra y de los sacramentos y se propone llevar la salvación a los hombres— tiene necesidad de este derecho sagrado, de acuerdo con las palabras del Apóstol: 'Pero hágase todo con decoro y orden' (1 Co 14, 40)" (cf. *Allocutio membris Pontificiae Commissionis Iuris Canonici recognoscendo, plenarium coetum habentibus*, 27 de mayo de 1977, en *Communicationes*, 9, 1977, págs. 81-82).

ARMONIA CON LA CARIDAD

4. La *dimensión jurídica* y la *pastoral* están inseparablemente unidas en la Iglesia peregrina sobre esta tierra. Ante todo, existe *armonía entre ellas*, que deriva de la *finalidad común*: la *salvación de las almas*. Pero hay más. En efecto, la actividad jurídico-canónica es *por su naturaleza* pastoral: constituye una peculiar participación en la misión de Cristo Pastor, y consiste en actualizar el orden de justicia intraeclesial querido por el mismo Cristo. A su vez, la actividad pastoral, aun superando con mucho los meros aspectos jurídicos, comporta siempre una *dimensión de justicia*. En efecto, no sería posible guiar a las almas hacia el Reino de los cielos si se prescindiese de aquel mínimo de caridad y de prudencia que consiste en el esfuerzo por hacer observar fielmente la ley y los derechos de todos en la Iglesia.

De ahí se sigue que *toda contraposición entre pastoralidad y juridicidad es desviadora*. No es verdad que, para ser más pastoral, el derecho deba hacerse menos jurídico. No cabe duda de que hay que tener presentes, y aplicarlas, las muchas manifestaciones de aquella flexibilidad que, precisamente por razones